

AFECTOS DE ODIO Y AMOR

FAMOSA COMEDIA
DE DON PEDRO CALDERÓN
DE LA BARCA

ÍNDICE

<i>Jornada primera</i>	471
<i>Jornada segunda</i>	507
<i>Jornada tercera</i>	552

Personas que hablan en ella

SIGISMUNDO

CASIMIRO

FEDERICO

ROBERTO

ARNESTO, *viejo*

TURÍN

AURISTELA

CRISTERNA

LESBIA

FLORA, *criada*

NISE, *criada*

SOLDADOS

JORNADA PRIMERA

Salen Auristela y Arnesto, viejo.

AURISTELA ¿Qué hace mi hermano?

ARNESTO Ya es
ociosa pregunta ésa.

AURISTELA ¿Cómo?

ARNESTO Como ya se sabe
que está...

AURISTELA Di.

ARNESTO ... desta manera.

Corre una cortina, y vese Casimiro sentado, con un pañuelo en los ojos.

AURISTELA Retírate, y no hagas ruido;
que pues que, sin que me sienta,
hasta aquí llegué, he de ver,
destos canceles cubierta,
si por dicha o por desdicha
es posible que algo entienda
de sus tristezas, fiando
a sus solas sus tristezas
algún cuidado a los ojos
o algún descuido a la lengua.

ARNESTO Bien podrá ser, pero mucho
lo dudo, según en esta
galería, que del Tanais
sobre la orilla se asienta,
siempre encerrado, ni habla,
ni ve, ni escucha, ni alienta.

Vase.

AURISTELA Con todo eso, he de deber
a mi amor esta experiencia;
y pues entre sí suspira,
quiero escuchar de más cerca.

CASIMIRO Quien tiene de qué quejarse,
¡qué mal hace, si se queja!,
porque el delito del llanto
quita el mérito a la pena.
Así yo, porque de mí
celos mi dolor no tenga,
aun al labio he de impedirle
que respirar me consienta,
por más que el Volcán del pecho,

Levántase y páséase.

por más que del alma el Etna,
al aire de mis suspiros,
fuego apague y nieve encienda.
Muera, pues... Mas ¿quién aquí
está?

Llega donde está.

AURISTELA Yo soy.

CASIMIRO ¿Auristela?

¿Tú en acecho a mis locuras?

AURISTELA ¿Cuándo, Casimiro, atenta
a la pasión que te aflige,
al dolor que te atormenta,
pendiente no estoy de todas
tus acciones, por si fuera
tal vez posible inferirlas,
para procurar ponerlas,
si no medios que las sanen,
alivios que las diviertan?

Y ya que hoy, más declarada
que otras veces, mi fineza
me ha descubierta el acaso
con que a esta parte te acercas,
no he de volverme, sin que
mi fe y mi amor te merezcan
alguna breve noticia.

Y para que te convenzas
de mi ruego o de mi llanto,
he de usar de una cautela,
que es ponerte en el paraje
de mi estado, porque tengas
andado el medio camino;
que no es poca diligencia
a quien perdido se halla
guiarle hasta dar con la senda.

Del tercero Casimiro
de Rusia quedaste, en tierna
edad, sucesor, gozando
conmigo, en la primavera
de nuestros infantiles años,
la más noble, más suprema
provincia del norte, pues
siempre ceñidas las bellas
sienes de laurel y oliva,
es en sus dos academias
el certamen de las armas
y el batallón de las ciencias;
bien que de tanto esplendor
fue pensión la antigua guerra
de aquel heredado odio
que hay entre Rusia y Suevia;
a cuya causa, queriendo
Adolfo, su anciano César,
gozar la ocasión de verte
sin manejo ni experiencia
de militar disciplina,
intentó invadir tus tierras

en tu primer posesión,
cuyos estragos acuerdan
desmanteladas ciudades,
en polvo y ceniza envueltas.
En esta edad fue a los dos
ponernos en fuga fuerza,
porque el rencor no acabase
con la sucesión excelsa
de los coronados duques
de Rusia; y así, la cuerda
política de los jueces
que gobernaban en nuestra
pupilar edad dispuso
que yo, fiada a la inclemencia
del Tanais, pasase a Gocia
a criarme en la tutela
de Gustavo, nuestro tío;
y tú, porque con tu ausencia
la lealtad no peligrase,
sin que de vista te pierdas,
te retirases al duro
corazón de las soberbias
entrañas del Merque, cuyas
nunca penetradas breñas
fuesen tu sagrado, puesto
que muro que hizo defensa
contra las fuerzas del tiempo,
¿qué no hará contra otras fuerzas?
Dejemos en este estado,
yo entre extraños, tú entre peñas,
tu crianza y mi crianza;
dejemos también con ella
los asedios, los asaltos,
las desdichas, las miserias,
que tras sí arrastra ese horrible
monstruo, esa sañuda fiera,
que de solo vidas de hombres
y caballos se alimenta,

y vamos a que entre tanto
terror, siendo en tu primera
cuna, tus gorjeos las cajas,
tus arrullos las trompetas,
creciste tan invencible
hijo de Marte que apenas
pudiste, ocupando el fuste,
tomar el tiento a la rienda,
ni la noticia al estribo,
cuando, calzada la espuela,
trenzado el arnés, el asta
blandida, empezaste, en muestra
de que eras rayo oprimido,
a herir con mayor violencia;
bien como el que, aprisionado
de tupida nube densa,
cuanto más tímido tarda,
tanto más veloz revienta.
Cinco campales batallas
lo digan; díganlo, vueltas
a tu primero dominio,
diez ciudades; y si ellas
no bastan, dígallo yo,
que en fe de que tus fronteras
ya resguardadas estaban,
di a sus umbrales la vuelta,
no tanto atenta al cariño
de la patria, cuanto atenta
a no sé qué vanidad
de mi heredada nobleza;
pues muriendo nuestro tío,
no me pareció decencia
de mi decoro durar,
ni huésped ni extranjera,
en poder de Sigismundo,
joven de tan altas prendas
como publica la fama,
llena de plumas y lenguas;

mayormente cuando el vulgo,
monstruo también, que de nuevas
se mantiene, dio en decir
que sería congruencia
de todos casar conmigo,
cuya voz me dio más priesa
—¡ah, tirano!—, porque cuando
eso con mi gusto sea,
no se presuma de mí
que fue mi casamentera
la ocasión; y así previne
que medios y conveniencias
se traten desde tu casa,
porque, si le admito, vean
que es porque me pide, y no
porque en su poder me tenga.
Pero esto ahora no es del caso;
y así, cobrada la hebra
al hilo de tus vitorias,
a atar el discurso vuelva.
Desde aquella, pues, adusta
edad vencedor, hasta esta
joven edad, continuadas
las generosas empresas
de tu siempre invicto aliento,
llegaste a la más suprema
que pudo ofrecerte el culto
de esa vana deidad ciega,
que, sean dichas u desdichas,
lo que empieza a dar, aumenta.
Esta última vitoria
—de quien con tantas tristezas
vuelves, debiendo volver
con más generosas muestras
de vencedor que vencido—
lo publique; y pues en ella,
empeñado a sólo un trance
todo el resto de ambas fuerzas

en aplazada batalla
de poder a poder, llegas
a coronarte triunfante
con tan singular proeza
como que Adolfo a tus manos
muerto en la campaña queda,
todas sus huestes vencidas,
todas sus armas deshechas,
¿qué pasión hay que te postre,
qué dolor hay que te venza?
Y más cuando a Suevia ya
tan poca esperanza resta
para volver sobre sí;
pues tarde o nunca Cristerna,
de Adolfo heredera hija,
podrá...

CASIMIRO ¡Suspende la lengua,
no la nombres! ¡Calla, calla!
¡No la acuerdes, cesa, cesa!
Pero ¿qué digo? ¿Qué afecto,
comunero de mi idea,
me amotina el vasallaje
de sentidos y potencias,
obligándoles que rompan
con desmandada obediencia
la ley del silencio? ¡Oh, nunca,
traidoramente halagüeña,
hubieras, como dijiste,
puesto a un perdido en la senda,
porque nunca hubiera yo,
complacido a tu cautela,
declarádome, al mirar
cuánto de mí me enajena,
cuánto tras sí me arrebatara
sólo el nombre de esa fiera!
Mas ¡ay!, que al de la justicia,
¿qué delincuente no tiembla?
Y ya —¡ay, infeliz!— y ya

que no es posible que pueda
retractar la voz, que tiene
no sé qué cosas de piedra,
que, disparada una vez,
no hay cómo a cobrarse vuelva,
oye, y válgate tu maña;
pero con tal advertencia
que lo que escuche el oído
no lo ha de saber la lengua.
Después que en contadas marchas
Adolfo y yo la ribera
ocupamos del Danubio,
frente haciendo de banderas,
él lo intrincado de un monte,
yo lo inculto de una selva,
atentos los dos a un mismo
principio de toda buena
disciplina militar,
estuvimos en suspenso
acción, procurando entrambos
saber por sus centinelas
los movimientos del otro;
en cuya quietud inquieta
sólo eran guerra galana
las escaramuzas diestras.
En esta, pues, pausa astuta
—porque hay precepto que enseña
que flemática ha de ser
la cólera de la guerra—
estábamos, cuando supe
de no sé qué espía secreta
que Cristerna... pero antes
que llegue a hablarte en Cristerna,
es bien que te la difina,
porque lo que diga de ella
no haga escándalo, sabiendo
en qué condición se asienta.
Es Cristerna tan altiva

que la sobra la belleza.
¡Mira si la sobra poco
para ser vana y soberbia!
Desde su primera infancia
no hubo en la inculta maleza
de los montes, en la vaga
región de los aires, fiera
ni ave que su piel redima
ni que su pluma defienda,
sin registrar unas y otras
en el dintel de sus puertas,
ya desplumadas las alas,
ya destroncadas las testas.
No solo, pues, de Diana
en la venatoria escuela
dicipula creció, pero
aun en la altivez severa,
con que de Venus y Amor
el blando yugo desprecia.
No tiene príncipe el norte
que no la idolatre bella,
ni príncipe tiene que
sus esquivaces no sienta,
diciendo que ha de quitar,
sin que a sujetarse venga,
del mundo el infame abuso
de que las mujeres sean
acostumbradas vasallas
del hombre, y que ha de ponerlas
en el absoluto imperio
de las armas y las letras.
Con esta noticia, agora
caerá mejor lo que aquella
espía me dijo, y fue
que, habiendo movido levas
a un tiempo en todo su estado,
venía a reclutar con ellas
las tropas de Adolfo, siendo

su capitana ella mesma.
Yo, viendo cuánto preciso
tan último esfuerzo era
ser numeroso, antes que
todo a incorporarse venga,
le presenté la batalla,
dejando por la desierta
campaña al frondoso abrigo,
en orden mi gente puesta.
Bien quisiera él no acetarla,
según tibio en la aspereza
del monte esperó a que yo
le embistiese dentro de ella.
Hícelo así, y de primero
abordo fue tal la fuerza
del ataque, que —ganadas
las surtidas que había hechas
en el recinto de algunas
cortaduras y trincheras,
cuya movediza broza
era su estrada encubierta—
en desorden la vanguardia
se puso; y, una vez ésta
rota, ella misma tras sí
llevó las demás defensas;
con que, mezclada mi gente
ya con la suya, en la esfera
del cuerpo de la batalla,
adonde estaban las tiendas,
corte de Adolfo, me hallé,
casi apoderado de ellas,
si el batallón de su guarda,
según las heroicas señas
de los grabados arneses,
plumas y bandas, no hiciera,
con desesperado empeño,
la última resistencia.
Disputábase este lance,

cuando vimos en la sierra
de infantes y de caballos
coronarse la eminencia.
Reconoce su socorro
su gente, sin que la nuestra
por eso el tesón dejase
del alcance, de manera
que, a un mismo tiempo, unas tropas
con la oposición se alientan;
otras, con las auxiliares
armas que miran tan cerca,
se reparan; y otras, viendo
a cuán buena ocasión llegan,
aceleradas avanzan;
entre cuyas tres violencias
quiso, no sé si mi dicha
u mi desdicha, que hubiera
puesto los ojos en un
caballero, por las señas
que de particular daba,
coronada la cimera,
sobre un penacho de acero,
de plumas blancas y negras.
Él, no sé si con el mismo
deseo, mas con la misma
acción, a mí se adelanta,
y, echadas ambas viseras,
cala el can y calo el can,
y al torno de media vuelta,
con dos preguntas de fuego
habló el plomo en dos respuestas.
Fue más dichosa la mía,
pues repitió el eco de ella:
«¡Ay de mí!», desamparando
borrén, fuste, estribo y rienda.
Pareceráte que estás
oyendo alguna novela,
y más, si dijese agora

que Adolfo por las caderas
del caballo vino a dar
casi a los pies de Cristerna,
que entonces llegaba; pues,
no, hermana, te lo parezca,
porque tal vez hay verdades
que parece que se inventan.
Reconoce las divisas,
y, sañudamente fiera,
por pasar a la venganza,
no se embaraza en la ofensa.
¡Oh, quién supiera pintarla!
Mas será impropiedad necia
detenerme ahora en decir
que —o porque no la afligiera
la sobrevista, o vencer
con la ventaja más cierta
de dejarse ver— traía
sobre las doradas trenzas
sola una media celada,
a la borgoñota puesta;
una hungarina o casaca
en dos mitades abierta,
de acero el pecho vestido
mostraba, de cuya tela
un tonelete, que no
pasaba de media pierna,
dejaba libre el batido
de la bota y de la espuela.
Esta, pues, nueva Tomiris,
esta, pues, Floripes nueva,
desempeñara el acaso
de la pasada tragedia,
si al avance de su gente,
y opósito de la nuestra,
no se interpusiera oscura
la enmarañada tiniebla
de la noche, en cuyo espacio,

aprovechada la tregua,
pareció a sus generales
que a Fusa, primera fuerza
defensible de su estado,
se retirase, y con ella
el real cadáver de Adolfo,
en cuyas aras funestas
la jurasen reina, antes
que, sin jurarla, pudiera
el trance de una batalla
aventurar la obediencia,
mayormente en reino donde
tan poco ha que fue depuesta
la Salia ley, que dejaba
desheredadas las hembras.
Dejóse vencer forzada,
de suerte que, cuando tierna
la aurora en fe del estrago,
sobre la teñida yerba
salió llorando a otro día
granates en vez de perlas,
hallé la campaña franca,
de mil despojos cubierta,
con que canté la vitoria;
mas con tan gran diferencia,
como cantarla llorando,
según vivamente impresa
en mi ofuscada memoria
quedó la imagen de aquella
no sé si Venus ni Palas,
mas Palas y Venus era,
tomando de una la ira
y de otra la belleza.
Si me persuado a que puedo
olvidarla, acción es necia;
loca acción, si me persuado
a que puedo merecerla;
de suerte que, yo rendido

y ella ofendida, no queda
otro medio a mi esperanza
que morir de mi tristeza,
supuesto que en dos extremos
de odio y amor, llanto y queja,
rencor y agrado, venganza
y piedad, dolor y ofensa,
siendo fuerza que yo adore,
y fuerza que ella aborrezca,
no es tratable a mis desdichas
ni olvidarla ni quererla.

AURISTELA Aunque tan extraños son
los sucesos que me cuentas,
yo no he de rendirme a que
más esperanzas no tengan,
por cuanto pudiera ser,
que esos afectos abrieran
el paso a una universal
paz hoy del norte.

CASIMIRO Aunque sea
forzado consuelo, basta
pensar que consuelo sea,
para que el alma le estime.

Sale Roberto.

ROBERTO Un soldado, por las señas
de este anillo, dice que
le des de hablarte licencia.

CASIMIRO Dile que entre. Este soldado
es el espía, Auristela,
de quien sé cuanto allá pasa.

ROBERTO (No alabes la diligencia,
que tampoco falta aquí
quien dé allá de todo cuenta.)
Tomad, y llegad, soldado.

Sale Turín, y vase Roberto.

TURÍN Dame tus pies.

CASIMIRO Con bien vengas.

Llega a mis brazos.

TURÍN No creo...

CASIMIRO ¿Qué?

TURÍN ... que merecen las nuevas
que traigo ese porte.

CASIMIRO Pues,

¿qué hay? ¿Qué dudas? ¿Qué recelas?

Habla, que mi hermana puede
oír cuanto decir quieras.

TURÍN Yo lo agradezco, porque
también le toca a su alteza
mucho parte en mis noticias.

AURISTELA ¿A mí?

TURÍN Sí.

AURISTELA ¿Cómo?

TURÍN Oye atenta.

Después que a Fusa, señor,
retiró el campo Cristerna,
y que al cadáver de Adolfo
se hicieron reales exequias,
mezclando a un tiempo el estado
dos acciones tan diversas
como fúnebre y festiva,
allí la juró por reina.

Apenas miró en su frente
la corona, cuando, puesta
en pie, la mano en la espada,
dijo en voz desta manera:
«Yo, Cristerna, a quien leal
admite y jura Suevia,
como a legítima hija
de Adolfo, acepto la herencia,
no tanto del reino, cuanto
del dolor de su tragedia.
Y así hago pleito homenaje
sobre estas aras sangrientas

de no darle sepultura
hasta que vengada vea
lavar su sangre con sangre
del agresor de su ofensa.
Y aunque nunca al matrimonio
di plática, porque vea
el mundo cuánto tras sí
esta esperanza me lleva,
mi mano le ofrezco al noble
que le mate o que le prenda;
y al no noble, cuantos puestos,
mercedes y honras pretenda.
Y porque otras veces vieron
los teatros de la guerra
ser el delincuente mismo
el que se entregue, a cautela
de ser él el perdonado,
para que esto no acontezca,
a Casimiro, de Rusia
duque, excepto, porque sepa
que no le valdrá, cerrando
a lo ya visto la puerta».
Hasta aquí, señor, contigo
mi noticia habló, y ahora entra
lo que a Auristela le toca:
y es que a este tiempo en la iglesia,
de Sigismundo de Gocia,
entró en busca de Cristerna
un embajador, pidiendo
de paz paso por sus tierras
—que ya se ve que está en medio
de Gocia y Rusia, Suevia—,
para venir en persona
a casar con Auristela,
y llevarla por su estado;
a que respondió soberbia
que se fuese, que no había
de venir en conveniencia
ninguna de Rusia; y él

prosiguió, al verla resuelta,
que supiese que traía
orden, si el paso le niegan,
para intimar que las armas
tomarían la licencia
que ella negase; con que
otra vez en arma puesta
queda Cristerna en campaña,
al ver que ya sus fronteras
va ocupando Sigismundo.

AURISTELA ¡Famosa ocasión es ésta
para acabar de una vez
los dos con toda Suevia,
divirtiendo por estotra
parte tú!

CASIMIRO Bien me aconsejas
a la razón de mi estado,
no a la razón de mi pena;
porque, ¿cómo puedo yo,
si de mi afecto te acuerdas,
añadir contra mi afecto
ceño a ceño, queja a queja,
ira a ira, agravio a agravio,
daño a daño y fuerza a fuerza?

AURISTELA Viendo...

CASIMIRO ¿Qué?

AURISTELA ... que una pasión
no ha de abandonar la eterna
fama de un heroico pecho,
y más cuando el que se arriesga
es por honrarse contigo.
¿Pero cómo hablo yo en esta
persuasión? Tú eres quien eres,
y harás, como el serlo acuerdas,
siempre lo mejor. El cielo
te guarde. (Que a mí en mis quejas
me basta que Sigismundo
tan fino a buscarme venga.)

Vase.

CASIMIRO En fin, Turín, ¿que la blanca
mano de esa hermosa fiera
es la talla de mi vida?

TURÍN Ahí verás lo que te precia,
pues es su reino y su mano
el premio de tu cabeza.

CASIMIRO Y en fin, porque yo no valga
lo que yo valgo, ¿me excepta
a mí de mí?

TURÍN Fue forzoso.

CASIMIRO ¿Cómo?

TURÍN Como, si no hiciera
esto, en un instante estaba
acabada la comedia,
y yo me holgara, por ver
una deste autor pequeña.

CASIMIRO Pues ¡por Dios, que he de ver yo,
ya que ese paso me cierran,
si sé abrir otro a mis ansias!
Ven, Turín, conmigo. (Ciega
imaginación de un loco:
si sales con lo que piensas,
prevén al grande teatro
del mundo que cuando vea
la más rara, más extraña,
más caprichosa, más nueva
locura de amor que pudo
ganar nombre de fineza,
no la censure; porque
si novedades no hubiera,
la admiración se quedara
inútil al mundo; fuera
de que no es gran novedad
que un desdichado pretenda
ganar una alma por armas,
ya que por armas la pierda.)

[Vanse.] Cajas y trompetas, y salgan las mujeres que puedan, todas con plumas y espadas, y detrás Cristerna, con bengala.

CRISTERNA En tanto que enamorado
 Sigismundo a romper llega
 paso, que en mi estado niega
 la misma razón de estado,
 por haber considerado
 que no me puede estar bien
 que Rusia y Gocia se den
 la mano, y más penetrando
 mis plazas, viendo y notando
 de qué calidad estén,
 quiero empezar a mostrar
 si tiene o no la mujer
 ingenio para aprender,
 juicio para gobernar
 y valor para lidiar.
 Y así, porque no presuma
 Suevia que ciencia tan suma
 quien la publica la ignora,
 me ha de ver tomando, agora
 la espada, y ahora la pluma.
 Veme, pues, Lesbia, leyendo,
 mientras no se acerquen más
 las tropas, que estoy detrás
 de aquella montaña viendo,
 esas leyes que pretendo
 poner en mi monarquía;
 que si de noche escribía
 César lo que de día obraba,
 yo, mientras el día no acaba,
 aun no he de perder el día.

Toma Lesbia un libro.

LESBIA *lee* «Nuevas leyes que Cristerna,
 reina de Suevia, manda
 promulgar en sus estados.»

CRISTERNA Di, por si hallo en qué enmendarlas.

LESBIA «Primeramente, aunque hoy
en Suevia no se guarda
la Salia ley que dispuso
con las mujeres tirana,
que las mujeres no hereden
reinos, aunque únicas nazcan;
con todo eso, porque nunca
recurso en su estado haya
de que en ningún tiempo pudo
ni admitirla ni guardarla,
manda, no solo se borre
de sus libros y sus tablas,
pero que, a voz de pregón
y a son de trompas y cajas,
se dé por traidor a toda
la naturaleza humana
al primer legislador
que aborreció las entrañas
tanto en que anduvo, que quiso
del mayor honor privarlas.»

CRISTERNA Digno castigo a un ingrato,
dar su doctrina por falsa;
que ser ingrato y ser justo
son dos cosas muy contrarias.
Di adelante.

LESBIA *lee* «Y porque vean
los hombres que si se atrasan
las mujeres en valor
y ingenio, ellos son la causa,
pues ellos son quien las quitan
de miedo libros y espadas,
dispone que la mujer
que se aplicare inclinada
al estudio de las letras
o al manejo de las armas,
sea admitida a los puestos
públicos, siendo en su patria

capaz del honor que en guerra
y paz más al hombre ensalza.»

CRISTERNA Si el mérito debe dar
los premios, y éste se halla
en la mujer, ¿por qué el serlo
el mérito ha de quitarla?
¿No vio Roma en sus estrados,
no vio Grecia en sus campañas
mujeres alegar leyes,
mujeres vencer batallas?
Pues lidien y estudien; que
ser valientes y ser sabias
es acción del alma, y no es
hombre ni mujer el alma.

LESBIA «Y en tanto que esta experiencia
en su favor se declara,
manda también que se borren
duelos, que notan de infamia
al marido que sin culpa
desdichado es por desgracia.»

CRISTERNA Ésta es la más justa ley
que previno mi alabanza.
Hombre, si por ser inútil
la mujer, no la fías nada,
¿cómo todo se lo fías,
puesto que el honor la encargas?
¡Bueno es que quieras que no
tenga ingenio o valor para
darte honra por sí, y por sí
los tenga para quitarla!
O pueda darla, o no pueda
perderla. Di.

LESBIA «Iten, declara,
porque no en todo parezca
que a la mujer adelanta,
que la que desigualmente
se casare enamorada,
en desdoro de su sangre,

lustre, honor, crédito y fama,
sea comprendida en pena
capital, sin que la valga
de amor la necia disculpa.»

CRISTERNA En bronce esta ley estampa;
que han de saber que el amor
no es disculpa para nada,
porque aquesse amor, ¿es más
que una ciega ilusión vana,
que vence porque yo quiero
que venza? Di.

Ruido dentro.

Pero aguarda,
¿qué caballero es aquél
que de una albanesa alfana
a nuestra vista se apea?

LESBIA Como huéspedea en mi patria
ha tan pocos días que vivo,
de tu piedad amparada,
a nadie conozco en ella;
mas él, pues que ya se aparta
de la bien lucida tropa
que de convoy le acompaña,
dirá quién es.

Sale Federico.

FEDERICO Si merece,
no digo besar tus plantas,
mas de la tierra que pisan
la menos impresa estampa,
un nuevo soldado tuyo,
permítele que en las varias
flores que tu pie guarnece
a cuenta de las que aja,
poner los labios merezca.

CRISTERNA Del suelo, joven, levanta,
y sepa quién eres; no
pueda nunca la ignorancia
aventurarme el estilo.

Hácense reverencias, y cúbreanse.

FEDERICO Federico soy, de Albania
príncipe heredero. Habiendo
oído que alista la fama
gente en tu servicio, no
solo en favor de la saña
que con Casimiro engendra
aquella infeliz desgracia,
sino contra la invasión
de Sigismundo, en demanda
de hacerle paso en tu estado,
vengo, auxiliar a tus armas,
a servirte aventurero
con naves y con escuadras,
que verá Gocia en sus puertos,
verá Rusia en sus campañas,
el día que tu licencia
tengan, dignamente vanas,
de militar a tu orden,
sin que el conducir las haga
consecuencia para que
presumas que es confianza
de que vengo a merecer
tanto triunfo, dicha tanta
como tu mano promete
al que logre tu venganza;
porque sólo a servir vengo,
sin que el sagrado me valga
de que, a vista del peligro,
no es grosera la esperanza.

CRISTERNA Dos veces agradecida,
príncipe, a vuestra bizarra
acción, una en el socorro,

y otra en la desconfianza
 con que le ofrecéis, no sé
 a cuál primero obligada
 deba responder primero;
 y ya que no puedo a entrambas,
 a la menos sospechosa
 que agora responda, basta.
 Vos seáis muy bien venido;
 y pues es justo que añada
 yo al sueldo de aventurero
 alguna noble ventaja
 digna de vos, ésta es,
 Federico, la bengala
 de general de mis tropas.

FEDERICO Otra vez beso tus plantas,
 y otra y mil veces en ellas
 acepto merced tan alta,
 por lo que fío de mí
 que sabré desempeñarla
 con el alma y con la vida.

Dentro un clarín.

CRISTERNA ¿Quién de vos...? Mas ¿qué bastarda
 trompa es aquélla?

FLORA Un trompeta,
 que de las góticas armas
 de Sigismundo guarnece
 la banderola y casaca,
 llamada de paz ha hecho.

CRISTERNA Responded a la llamada;
 que escuchar al enemigo
 siempre ha sido de importancia.

Otro clarín.

NISE Ya, con el seguro, un joven,
 que vino en su retaguardia,
 se apea, y hacia aquí viene.

LESBIA Antes que llegue,...

CRISTERNA ¿Qué tratas?

LESBIA ... óyeme aparte. Ya sabes
que mi padre en la embajada
de Gocia murió, y que yo
sirviendo quedé de dama
a Auristela, que a este tiempo
en Gocia huéspedada estaba,
de cuya corte mis deudos
me trujeron a tu casa.

CRISTERNA Sí, mas ¿qué importa eso agora?

LESBIA Que sepas, si no me engaña
la vista, que el gentilhombre
que llega, en fe de la salva
del seguro que le has dado,
es...

CRISTERNA ¿Quién?

LESBIA ... Sigismundo.

CRISTERNA Calla;
y pues no puedo prenderle,
hecha ya la salvaguardia,
no te des por entendida.

LESBIA No haré. (Y antes, retirada,
excusaré que me vea,
por no despertar la rabia
de sus pasados desprecios.)

Vase, y sale Sigismundo [y el clarín].

SIGISMUNDO Pues divinamente humana
permities que tus pies bese,
no, liberalmente escasa,
a quien ya logró esta dicha,
la mano niegues.

CRISTERNA Levanta,
y la ocasión que te trae
di, y no más.

SIGISMUNDO Oye, y sabrásla.

Sigismundo, señora,
que humilde el eco de tu nombre adora,
romper contigo siente
la paz que inmemorial guardó prudente
su vecindad en amigable trato;
y porque nunca baldonar de ingrato
puedas su estilo, el fin de lo que intenta
segunda vez por mí te representa.
Dice, pues, que su prima
Auristela, deidad que amante estima,
fue, desde su primera
edad, el punto, el término, la esfera
de toda su esperanza;
tan desde su crianza
niño amó, que hasta hoy no se ha acordado
haber vivido, sin haber amado.
A este primer empeño
añade que, juzgándose ya dueño
de igual correspondencia,
la posesión le malogró la ausencia;
la causa, de otros visos honestada
—porque no quiero recatarte nada,
te dice que pretende
satisfacer, que tu amistad no ofende—
no fue, como sin duda habrás oído,
querer su pundonor desvanecido
casar desde su casa,
sino querer, si a otro sentido pasa,
castigar no sé qué vanos recelos
que, a no ser suyos, los llamara celos,
con que turbó la paz en que vivía
una traidora fe que la servía,
fingiendo —bien se deja su cuidado
adivinar— que, de ella enamorado
—mas ¿qué no hará quejosa una hermosura?—,
su favor pretendía. ¡Qué locura!
Con este sentimiento,

sin bastar nada a disuadir su intento,
dejó a otra luz burlada su fineza;
mas ¿qué no hará querida una belleza?
¡Oh, mujer, siempre hechizo de la vida,
o amada estés, o estés aborrecida!
Esto me da licencia de decirte
como público ya, por persuadirte
a que atiendas que vive en un estado,
que ella celosa y él enamorado,
no hay otro medio de satisfacella,
que vea que en persona va por ella.
Y siendo así que no hay quilla que hoy corte
los helados carámbanos del norte,
ni tropa que se acerque
al erizado ceño con que el Merque,
más que el Tanais helado,
le impiden el rodeo, pues, cerrado
uno y otro horizonte,
peñasco el golfo es, piélagos el monte,
te pide que, a su amor compadecida
—pues no es su amor quien te dejó ofendida,
y entre iguales señores
suelen lidiar corteses los rencores,
que una cosa es la saña,
y otra la urbanidad de la campaña—
o que pasar le dejes
con su familia sola, o no te quejes,
si amante...

CRISTERNA No prosigas,
que más me ofendes cuanto más me obligas;
pues cuando mi rencor, mi ira no fuera
tal que también a él le comprendiera,
y más oyendo agora
cuánto la sangre que aborrezco adora,
sólo por ser, como es, su intención rara
trance de amor, el paso le negara.
Demás, que, ya su gente
a mi vista, otorgar no me es decente

lo que negué primero,
 que a la tez del acero
 asentar su color la cortesía,
 no es más que una afectada cobardía.
 Y así, dile que intente
 pasar, porque en mi espíritu valiente
 nunca ha de hallar más conveniencia que ésta.

SIGISMUNDO Pésame de llevarle esta respuesta,
 que sé la ha de sentir, por ser contigo
 la guerra; que si fuera otro enemigo
 que una dama no fuera,
 ni aun esta salva pienso yo que hiciera.

FEDERICO Pues porque ese consuelo
 no es bien que falte a tan amante duelo,
 dirásle de mi parte
 que, dejando lo Adonis por lo Marte,
 podrá intentar tan generoso afecto,
 absolviendo el escrúpulo al respecto,
 pues ya Cristerna bella
 no mantiene el rencor de su querella,
 sino un soldado aventurero suyo.

SIGISMUNDO Huélgome de saberlo; y si es que arguyo
 que eres tú quien a tanto te prefieres,
 ¿quién le diré que eres?

FEDERICO Porque sé que el empeño
 crece a sombra del nombre de su dueño,
 Federico de Albania soy.

SIGISMUNDO Estimo

Hácele reverencia.

el conocerte; y porque veas que animo,
 de parte de mi rey, el generoso
 valor con que enemigo tan glorioso
 más aplaudido hará su vencimiento,
 desde luego a los dos...

LOS DOS Di.

SIGISMUNDO ... os represento,
 por el puesto que aquí suplo en su ausencia,

a ti la lid, a ti esta reverencia,
 como en albricias que a esas nuevas debo.
 Y porque sepan qué respuesta llevo
 antes que llegue, y que la guerra aceta
 quien Cristerna no es, toca, trompeta,
 en vez de salva ya, con voz más clara,
 la botasela, el monta y la tarara.

[Tocan, y] vase con el clarín.

FEDERICO En la lid nos veremos.

CRISTERNA Yo también, que corteses tus extremos
 no han de atajar mi brío.
 Y pues mis armas a tu acuerdo fío,
 ve a poner el ejército en batalla;
 que batiendo la estrada, a aseguralla
 yo con la guarda voy. Dadme un caballo.

Vase.

FEDERICO Amor, ¡en buenos dos empeños me hallo!
 Uno, el de aquel bosquejo, aquel dibujo,
 que con Cristerna a merecer me trujo,
 en fe de la esperanza
 de que pueda ser mía su venganza;
 y otro, del cargo en que este honor me ha puesto.
 Pero ¿qué duda el que, a cumplir dispuesto
 su obligación, dentro del pecho encierra
 amor y honor?

Las cajas y trompetas.

TODOS *dentro* ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

FEDERICO Y pues apenas el campo
 de Sigismundo oyó el eco
 de toques de guerra, cuando
 descende, en buen orden puesto,
 y ella, batiendo la estrada

marcha ya, en su seguimiento
iré. Amor, pues que te precias
de amante y soldado, siendo
hijo de Venus y Marte,
mira qué dice este acento:...

Dentro ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

FEDERICO Pon a tu cuenta mi riesgo.

Vase, y fíngese dentro la batalla.

UNOS ¡Viva Sigismundo! ¡Viva!

OTROS ¡Viva Cristerna!

Sale Casimiro, vestido de soldado pobre, y Turín.

CASIMIRO A buen tiempo
hemos llegado.

TURÍN ¿Qué llamas
buen tiempo, señor, si vemos
llover en nubes de humo
granizo de plomo el cierzo?

CASIMIRO Pues ¿a qué mejor, si es ésa
la pretensión con que vengo?

UNOS ¡Viva Sigismundo!

Caja.

OTROS ¡Viva
Cristerna!

TURÍN Advierte, te ruego,
si hallarte con Sigismundo
en esta acción es tu intento,
que no vas bien, porque está
de Cristerna el campo en medio.

CASIMIRO ¡Ay, Turín, cuán al contrario
has discurrido! Que ciego
vengo a servir a Cristerna
contra Sigismundo.

TURÍN Presto

empiezas a ser cuñado.
¿Qué dices?

CASIMIRO Que ver deseo
si es verdad que la fortuna
ayuda al atrevimiento.
¡Vive Dios, o sea locura,
o capricho, o devaneo,
que he de ver si valgo yo
con ella más que yo mismo!
Y pues, en fe de que sabes
lengua y país, te prefiero
a tantos nobles vasallos,
no hay que encargarte el secreto
de quién soy, puesto que en traje
pobre, humilde y extranjero,
nadie habrá que me conozca.

TURÍN Y allá, en echándote menos,
¿qué han de pensar que te hiciste?

CASIMIRO Eso ha de decir el tiempo.

Caja.

Y ahora, pues ves que ya empiezan
a disputarse los puestos,
pues que ya los batidores
han atacado el encuentro,
pasemos a la vanguardia;
que hoy, si amor me ayuda, pienso
señalarme tanto, que
o quede triunfante, o muerto.

TURÍN Aténgome a lo segundo.

CRISTERNA *dentro* ¡Ay de mí infeliz!

La caja, y un ruido grande dentro.

CASIMIRO ¿Qué es esto?

TURÍN Que, herido el caballo, viene
de aquel ribazo cayendo
una mujer.

CASIMIRO Y tras ella,
volante escuadrón pequeño
de infantería, o matarla
o prenderla intenta.

TURÍN Y eso,
¿qué te importa a ti?

CASIMIRO ¿No basta
ser mujer?

TURÍN Advierte...

*Sale Cristerna cayendo, algunos soldados tras ella, y después
Sigismundo.*

CRISTERNA ¡Cielos,
dadme favor!

SOLDADO ¡A prisión
te da!

SIGISMUNDO Apartaos, deteneos,
que a reales personas sólo
las rinden los rendimientos.
Vuestra majestad,...

CASIMIRO (¿Qué escucho?)

SIGISMUNDO ... ya que Sigismundo puedo
hablar, y no embajador,
vuelto a la vaina el acero,
se dé a prisión, pues ya ve
que son iguales sucesos
trances de guerra y fortuna.

CRISTERNA Preciso es obedecerlos.
Y pues son fortuna y guerra
monstruos mantenidos desto,
muera a su horror.

CASIMIRO Eso no,
sin que yo muera primero.
Cobra un caballo, entre tanto
que yo tu vida defiendo.

SIGISMUNDO Loco, contra tantos, ¿cómo posible es?

CASIMIRO Como mi intento sólo es de morir matando.

CRISTERNA Y el mío también.

FEDERICO *dentro* ¡Llegad presto, que está en peligro su vida!

SOLDADO Cargando con todo el grueso, señor, su ejército avanza sobre nosotros, a tiempo que apartado de tu gente te hallas.

SIGISMUNDO ¿Qué soldado, ¡cielos!, es éste, que ha embarazado el más glorioso trofeo?

TURÍN (¡Quién le pudiera decir que un cuñado, antes de serlo!)

Sale Federico y soldados. Hácese la batalla retirándose.

FEDERICO ¡Muera Sigismundo, y viva Cristerna!

TURÍN (Aquí entro yo.) ¡A ellos!

SOLDADO Forzoso es que te retires, hasta llegar a los nuestros.

SIGISMUNDO ¡Notable ocasión perdí!

Vanse.

CASIMIRO (Pues aún yo no estoy contento. Más adelante, fortuna, pase tu valor, si es cierto que dar uno es deber otro.)

Vase.

FEDERICO Ya que llegué a tan buen tiempo, mientras un caballo cobras, dime, señora, ¿qué es esto?

La caja siempre, y trompetas.

CRISTERNA Después lo sabréis. Agora
 socorred, socorred presto
 aquel soldado, a quien vida,
 honor y libertad debo;
 aquel de la roja banda,
 que desesperado en medio
 de todos lidia, hasta que,
 cara a cara y cuerpo a cuerpo,
 con Sigismundo a los brazos
 llega. Pero ¿qué os aliento
 en su socorro, ¡ay de mí!,
 si, en su misma sangre envuelto,
 con él despeñar se deja
 del monte?

Dentro Casimiro y Sigismundo.

LOS DOS ¡Valedme, cielos!
 TODOS ¡Viva Cristerna!
 TURÍN ¡Vitoria
 por los más!

Ahora salen cayendo, y Casimiro ensangrentado.

CRISTERNA ¿Qué es esto?
 CASIMIRO Esto
 es ser persona que hago,
 y persona que padezco.
 A tus plantas, ¡ay de mí!,
 casi en el último aliento
 de mi vida, la persona
 de Sigismundo te ofrezco,
 con la vitoria de ver,
 cuando con él me despeño,
 que ha desmayado su gente;
 y la tuya, en seguimiento

suyo, si... Mas, cuando yo...
 Proseguir ni alentar puedo...
 ¡Felice quien dio la vida
 en tu servicio!

Cayendo.

- CRISTERNA Pues estos
 trances de guerra y fortuna
 son, en la vaina el acero
 —que a reales personas solo
 las rinden los rendimientos—,
 os dad a prisión, pues veis
 que, a vista de igual suceso,
 se retira vuestro campo
 desbaratado y deshecho.
- TURÍN (¿No fuera bueno ponerme
 yo ahora a su lado, diciendo
 «Huye, mientras yo te amparo»?
 Mas ¿quién me mete a mí en eso?)
- SIGISMUNDO Muy descortés mi desdicha
 fuera en mostrar sentimiento,
 ya que prisionero soy,
 en serlo, señora, vuestro.
- CRISTERNA Mío no, de Federico
 sí, que es de mis armas dueño.
 Llevadle vos donde tenga
 digna prisión, mientras yendo
 a la corte, lo es la torre
 del homenaje.
- FEDERICO En mi mismo
 alojamiento tendréis
 quien os sirva.
- SIGISMUNDO (¿Quién vio, cielos,
 de la dicha a la desdicha
 pasar a nadie tan presto?)

Vanse los dos.

CRISTERNA Si ha muerto, mirad vosotros,
ese soldado.

TURÍN Aún no ha muerto,
que con más vidas que un gato,
está vivo como un perro.
(Calle quién es y quién soy.)

CRISTERNA Pues retiradle, advirtiéndole
—ya que en siguiendo el alcance,
volver a la corte intento—
que en mi tienda de campaña

Levántanle los soldados.

se cure con los remedios
que si fueran para mí;
porque más su vida precio
que prisionero y vitoria.

CASIMIRO Pues con razones no puedo,
tan grande favor, señora,
con el alma os agradezco.

CRISTERNA Id, cuidado de vuestra vida,
que en vos, si vivís, espero
vengarme de Casimiro.

CASIMIRO Yo de mi parte os lo ofrezco.

CRISTERNA Yo lo acepto de mi parte.

TURÍN (Mucho hay que decir en eso.

¡Válgate Dios por novela!

¿En qué ha de parar tu enredo?)

CASIMIRO (¡Válgate Dios por ventura!

¡Qué poco gozarte pienso!)

CRISTERNA (¡Válgate Dios por soldado!

¡En qué obligación me has puesto!)

JORNADA SEGUNDA

Salen Casimiro y Turín.

TURÍN ¿Dónde, de tantas heridas
 apenas convalecido,
 vienes, señor?

CASIMIRO Si a Cristerna
 en tantos días no he visto,
 puesto que en su ausencia muero,
 ¿para qué en su ausencia vivo?
 A verla vengo, Turín,
 ya que para hablarla he oído
 que a cualquier hora al soldado
 audiencia da.

TURÍN Si ése ha sido
 tu intento, a buen tiempo llegas;
 que ella al apacible sitio
 deste jardín, donde dicen
 que suele andar de contino,
 leyendo una carta sale.

CASIMIRO Pues retírate conmigo
 hasta que acabe de leerla,
 que no es cortesano estilo
 llegar estando leyendo.

Cristerna, leyendo una carta.

CRISTERNA («Desde el día que supimos,
 señora, aquel homenaje
 que vuestra majestad hizo,

con tan grande premio a quien
se le diere muerto o vivo,
ni vivo ni muerto de él
se sabe.»)

CASIMIRO Turín, ¿has visto
más soberano, más bello,
más hermoso, más divino
sujeto?

TURÍN Infinitas veces.

CASIMIRO ¡Mal hayas tú!

CRISTERNA *lee* («Varios juicios
se han hecho en su ausencia, pero
el que corre más válido
es que una melancolía,
que potencias y sentidos
le tenía perturbados,
pasándose a ser delirio,
debió de precipitarle
desde una galería al río,
donde se encerraba a solas.»
Con justa razón admiro
tan gran novedad; mas luego
discurriré; ahora prosigo.)

CASIMIRO Con gusto que lee parece
la carta.

TURÍN No se le envidio,
si ha de responder a ella.

CASIMIRO ¿Por qué?

TURÍN Porque el que recibo,
cuando alguna carta leo,
le pago cuando la escribo.

CRISTERNA *lee* («Auristela, que en su ausencia
tiene de Rusia el dominio,
sabiendo que Sigismundo
a ser prisionero vino
de tus armas, siendo ella
desa fineza motivo,
a ponerle en libertad

marcha, y hoy en tus distritos
harán alto sus banderas.»)

CASIMIRO ¡Qué aire! ¡Qué beldad! ¡Qué brío!
¡Feliz quien compró esta dicha
a costa de aquel peligro!

TURÍN Pues a ese precio en la feria
habrá lances infinitos.

CRISTERNA *lee* («Pero apenas llegará,
cuando yo, que leal te sirvo,
como pongas en la raya
emboscados y escondidos
en sus malezas algunos
soldados, con un caudillo
de satisfacción, haré
que, de una seña advertido,
que será una banda blanca,
pueda carearse conmigo;
y dándole nombre y seña,
y contraseña, atrevidos
llegar a su tienda, donde,
la noche haciendo su oficio,
o la prendan o la maten.»
Agora, discurso mío,
en tantos, en tan extraños
casos como cifrar miro
lo breve deste papel,
discurramos.)

CASIMIRO Ya ha leído.

TURÍN Llega, pues.

CASIMIRO Un monte nuevo
en cada planta que animo.

CRISTERNA (¿Casimiro, desde el día
que supo que vengativo
mi rencor ha de buscarle,
no parece? ¿Si habrá sido
ardid y cautela?)

CASIMIRO Si...

CRISTERNA ¿Qué oráculo ha respondido?

CASIMIRO Si a la deidad del milagro
llevar debe agradecido
la tabla de la tormenta
el náufrago peregrino,
bien yo a tus aras, señora,
en piadoso sacrificio,
pues vida y alma te debo,
la alma y la vida te rindo.

CRISTERNA (Acaso ha sido; suspenda
de mis discursos el juicio.)
Mucho me huelgo de veros,
que vuestra persona estimo
más —antes lo dije, y ahora
vuelvo de nuevo a decirlo—
que vitoria y prisionero.

CASIMIRO Bien un cortesano dijo,
que nunca a los reyes falta
caudal de premiar servicios.

CRISTERNA ¿Cómo?

CASIMIRO Como premian sólo
con dejarse ver benignos.

CRISTERNA Con todo eso, hay otros premios
que den del poder indicio.

CASIMIRO Serán más acomodados,
mas no serán más bien vistos.

CRISTERNA Bien es que se den la mano
honores y beneficios.

CASIMIRO Sí; pero siempre, señora,
lo más digno es lo más digno.

CRISTERNA Pues porque lo logre todo
quien todo lo ha merecido,
¿en qué compañía, qué tercio
servís? ¿Qué puesto, qué oficio
en mi ejército tenéis?

CASIMIRO Yo soy tan recién venido
que oficio, puesto ni plaza
tengo, pues apenas piso

vuestro, para mí extranjero,
país, cuando el hado previno
mostrar que a serviros vengo,
con que empezase a serviros.

CRISTERNA ¿De qué nación sois?

CASIMIRO La banda
pensé que lo hubiera dicho:
vasallo de España soy,
Borgoña es mi patrio nido.

CRISTERNA ¿Sois noble en ella?

CASIMIRO No sé.

CRISTERNA ¿Eso ignoráis?

CASIMIRO Es preciso.

CRISTERNA ¿Cómo?

CASIMIRO Como nunca el pobre
es ni bien ni mal nacido;
bien, porque otro ha de dudarle;
mal, porque él no ha de decirlo.
Un soldado de fortuna
soy, no más, que peregrino
vengo buscando la guerra,
sin más favor, más arrimo,
más lustre ni más caudal
que esta espada, de quien fío
que ella ha de decir quién soy,
sí es que el enigma no olvido
del sabio que preguntó:
«¿Quién después de haber nacido
había engendrado a sus padres?».
Y otro, «El soldado,» le dijo,
«que los padres del soldado
sólo son sus hechos mismos,
con tan gran novedad como
nacer primero los hijos».

CRISTERNA ¿El nombre?

CASIMIRO Soldado soy:
sangre, nombre y apellido
a éste se reduce todo.

CRISTERNA Segunda vez os estimo
—ya que buscando la guerra
venís, como me habéis dicho—
el que eligieseis mis armas,
y no las de Casimiro
o Sigismundo.

CASIMIRO ¿Quién tuvo
en su mano su albedrío,
que lo mejor no eligiese?

CRISTERNA ¿Y es lo mejor el partido
de quien en medio de dos
poderosos enemigos
sitiada está?

CASIMIRO Sí, señora;
y perdonadme el estilo,
si a privilegios de reina
los de mujer anticipo;
porque sólo el ser mujer
trae una carta consigo
tan de favor, que no hay hombre
con quien no hable el sobrescrito.
Servir por inclinación
es tan mañoso artificio,
que de la penalidad
sabe labrarse el alivio.
Y cuando reina no fuerais,
y reina de quien he oído,
por vuestro ingenio, milagros,
por vuestro valor, prodigios,
sólo por mujer, señora,
libre una vez en mi arbitrio,
os eligiera por dueño;
que tiene casi divino
su ser, no sé qué absoluto
imperio sobre el destino,
que, sin saber a quién mandan,
mandan con tanto dominio
que servir las no es fineza,
y es no servir las delito.

CRISTERNA ¿Y no sabéis que sois noble?

Pues yo sí; porque es preciso
que el hábito de estimarlas
caiga siempre en pechos limpios.
Yo doy por vistas las pruebas,
y pues yo las califico...
El capitán de mi guarda,
al ver mi caballo herido,
por llegar a socorrerme
en el pasado conflicto,
murió; y pues que vos quedáis
heredero del peligro,
es bien lo quedéis del puesto.

CASIMIRO A vuestras plantas rendido...

CRISTERNA Alzad, levantad del suelo.

TURÍN Y yo, que ha más de mil siglos
que, oyendo hablar en discreto,
callándome estoy —martirio
que no alcanzó Diocleciano,
puesto que, a haberle sabido,
condenara a pasar antes
a conceptos que a cuchillos—,
¿no mereceré, señora,
también por rocín—venido,
ser vivandero siquiera?

CASIMIRO Quitá, necio.

TURÍN Sabio, quito.

CRISTERNA Dejadle. ¿Quién sois?

CASIMIRO Un loco,
ignorante criado mío.

TURÍN Niego el supuesto, que yo
soy el amo. El silogismo
pruebo: yo sirvo de suerte,
que no sirve lo que sirvo;
él sirve, sirviendo cuando
como y bebo, calzo y visto;
luego el servido soy yo,
puesto que él no es el servido;

y aunque él sea el servidor,
estoy yo a vuestro servicio.

CRISTERNA Buen humor tenéis.

TURÍN No gasto
ni récipes ni aforismos.

CASIMIRO Ya basta, loco. Y volviendo
a ponerme agradecido
a vuestros pies...

CRISTERNA No, no más;
que esto no es más que principio.
Y si una interpresa que hoy
os he de fiar consigo,
ya que al disponerla habéis
a tan buen tiempo venido,
habéis de ver... pero esto
el efecto ha de decirlo.

Yéndose.

Esperadme aquí, entre tanto
que a consultar los designios,
como en fin mi general,
voy de ella con Federico.

Al entrarse, sale Federico.

FEDERICO ¡Una y mil veces dichoso
quien a tan buen tiempo vino
que oyó su nombre en tus labios!

CRISTERNA Accidentes sucedidos
acaso, ni dichas son
ni desdichas.

FEDERICO Hayan sido
lo que fueren; por lo menos,
cuando el nombre no sea indicio
de memoria, a mí me basta
el que no lo sea de olvido.

CRISTERNA Eso es exceder los fueros
de aquel hidalgo motivo
de servir sin esperanza.

FEDERICO Yo, ¿con qué esperanza sirvo?

CRISTERNA No responderos a eso
sea haberos respondido.
El acaso de nombraros
fue decir que iba a advertiros
de dos grandes novedades
de que un confidente mío,
vasallo que en Rusia tengo,
me da en esta carta aviso.

CASIMIRO (Esto me importa, Turín,
que oiga.)

TURÍN (Pues, ¿hay más de oírlo?)

CRISTERNA Pero para hablar en ellas
asegurar solicito
que Sigismundo —que en fe
de la guardia le permito
de esa torre de palacio,
que es de su prisión retiro,
salir a aquestos jardines—
no nos oiga, y imagino
que desde que estoy yo en ellos,
entre sus redes le he visto.
Y así, como acaso, quiero,
dando breve vuelta al sitio,
asegurarme de que
no esté donde pueda oírnos.
Esperad los dos, que importa
que esté su efecto escondido
de Sigismundo.

Al entrarse, por la otra puerta sale Sigismundo.

SIGISMUNDO ¡Infeliz
quien a tan mal tiempo vino
que oyó en tus labios su nombre!

CRISTERNA Eso otro al contrario dijo.

SIGISMUNDO Bien pueden tener razón
dos, no diciendo lo mismo.

CRISTERNA ¿Cómo?

SIGISMUNDO Como lo que es
en el dichoso cariño,
es ceño en el desdichado;
y así, bien puede haber sido
dicha en otro, en mí desdicha,
que, con afectos distintos,
habléis de él como parcial,
y de mí como enemigo.
Mas ya que lo soy, señora,
dar a entender solicito
que lo soy bien como debo
serlo yo. Un criado mío,
que,preciado de leal,
menospreciando el peligro,
en traje de jardinero
osó entrar aquí, me ha dicho
dos novedades que os tocan;
y habiéndolas yo sabido
(hagamos del ladrón fiel,
pues saberlo ella es preciso
día más o menos), fuera
ignorarlas vos delito;
mayormente, cuando de ellas
puede ser que el hado impío
desarrugue el ceño, y saque
de un estrago dos alivios.
Una es que no se sabe,
señora, de Casimiro,
y se cree que, perturbado
de una melancolía el juicio,
furioso se arrojó al Tanais,
pues cerrado y escondido
en una galería, nadie
salir, señora, le ha visto.

Otra es que Auristela viene
 en su ausencia, con motivos
 de ponerme en libertad,
 cuyo ejército, vecino
 ya a vuestra raya, esperando
 las diversiones del mío
 está.

CRISTERNA ¿Sabéis más?

SIGISMUNDO ¿Qué más?

CRISTERNA Más, ¿qué hay que saber? Lo mismo
 iba a decir yo a los dos,
 que habéis vos a los tres dicho.

CASIMIRO (¿En fin, por muerto y por loco
 me tienen?)

TURÍN (Pues no han mentido
 más que en la mitad del precio;
 que en la otra, verdad han dicho.)

SIGISMUNDO (¿Aquí estaba este soldado?
 Con tanto rencor le miro,
 como causa de mis penas,
 que haré mucho, si lo finjo.)
 Que lo supieseis, señora,
 quitar no puede a mi aviso
 lo noble de la noticia;
 y más si de ella consigo
 que, pues Casimiro fue
 quien tan gran pesar os hizo,
 y él falta, no hay contra quién
 vuelva la guerra al principio.
 Auristela y yo no sólo
 prisioneros, mas cautivos
 seremos vuestros, si, dando
 el sentimiento al olvido,
 ve el norte que una paz...

CRISTERNA Basta,
 no prosigáis; que al oídos
 darne aquí las nuevas vos,
 proponiéndome el designio

de la paz, me da a entender
que todo esto es artificio.
Creído tuve que podía
ser verdad el precipicio
de Casimiro; pero ahora
que en vos la noticia miro
y el pretexto, me persuado
a que todo sea fingido.

SIGISMUNDO ¿Fingido no parecer
hombre como Casimiro,
ni saber nadie de él?

CRISTERNA Sí,
que el temor le habrá escondido,
al ver que contra él no hay
príncipe que, conmovido
al interés de mi mano
o al blasón de su homicidio,
no me solicite asunto
de su militar auxilio.
Federico, ya lo veis,
pues que mis armas le fío,
a tiempo que Hungría me escribe
que viene ya en favor mío;
el de Bulgaria, y Polonia,
también me avisan lo mismo;
de suerte que, al ver que tantos
poderosos enemigos
le han de buscar, el temor
sin duda esconder le hizo,
por ver si en este intermedio
doy a la plática oídos
de la paz.

FEDERICO Y eso lo afirma
ver que nadie dé por fijo
su despeño, que es dejar
la puerta abierta al arbitrio,
para que pueda, después

que se hayan desvanecido,
hecha la paz, los socorros,
vivo parecer, al viso
de otra disculpa.

CASIMIRO (¡Que oiga
esto yo!)

TURÍN (¿Hay más de no oírlo?)

CASIMIRO (¿Cómo?)

TURÍN (Hazte sordo.)

SIGISMUNDO Que haga
Cristerna, príncipe, el juicio
que quisiere; es dama, y puede;
mas que vos le hagáis, no es digno
de vuestro valor; que pechos
tan generosos y altivos
creen desdichas, no ruindades,
y en ellas el fuego activo
de lo rencorioso, apagan
llantos de lo compasivo;
fuera de que es argumento
contra el propio interés mío
creer que mi enemigo hiciera
lo que no hiciera yo mismo.

FEDERICO Ya sé que el tener yo honor
es tenerle mi enemigo;
pero cuando el caso sea
tan no nunca acontecido,
puede arbitrar la sospecha.

SIGISMUNDO No puede; y así os suplico
que advirtáis que prisionero
soy, y que, aunque sea mi primo,
amigo y cuñado, no
tengo acción para pedir
de otra suerte, que miréis
cómo habláis de Casimiro.

FEDERICO De cualquier suerte que yo
hable...

CRISTERNA Basta, Federico.

Basta, Sigismundo. Ved
que estoy yo aquí.

CASIMIRO (¿Quién, divinos
cielos, creerá que yo esté
de todo esto por testigo?)

TURÍN (Yo lo creeré; pues que creo
que anda un cuñado tan fino.)

FEDERICO Señora, yo...

SIGISMUNDO Yo, señora...

CRISTERNA Bien está, príncipes. Idos.
Idos vos también. Y ved,
segunda vez lo repito,
que estoy de por medio yo.

FEDERICO Obligaros solícito.

SIGISMUNDO Obedeceros deseo.

FEDERICO (¡Denme los cielos camino
para que yo mantener
pueda lo que hubiere dicho!)

Vase.

SIGISMUNDO (Por no ver a este soldado,
más gustoso me retiro
que sentido de no haber
vuelto más por Casimiro.)

Vase.

CRISTERNA Soldado.

CASIMIRO ¿Qué me mandáis?

CRISTERNA Retiraos vos.

TURÍN (¿Secretico?
¡Quiera Dios que hablarse vuelvan
de secretos, no entendidos;
y ya que anda el diablo suelto,
que no ande el amor listo!)

Vase.

CRISTERNA Ya sabéis que a una interpresa
os cité.

CASIMIRO Y sé que no vivo
hasta saberla.

CRISTERNA También
sabéis que con Federico
iba a consultarla.

CASIMIRO Sí.

CRISTERNA Pues sabed que, interrumpido
aquel intento con esta
desazón que aquí habéis visto,
ya consultarla no quiero
con nadie sino conmigo.

CASIMIRO Y hacéis bien. ¿Qué más consejo,
señora, que el vuestro mismo?

CRISTERNA Pues oíd:... Pero primero
que me resuelva a decirlo,
me habéis de hacer juramento
del secreto.

CASIMIRO A los divinos
cielos, la rodilla en tierra,
una mano sobre el limpio
acero, en las vuestras otra,
lo otorgo, juro y confirmo.

CRISTERNA ¿Ceremonias de homenaje
sabéis?

CASIMIRO Tal vez he leído
que ésta es su forma.

Tómale la mano.

CRISTERNA Pues yo
con toda ella le recibo.

CASIMIRO (Por lo menos ya esta dicha
no has de quitarme, hado impío;
y como el tacto me dejes,
te doy los demás sentidos.)

CRISTERNA ¿Y confirmáis, otorgáis
y juráis...?

CASIMIRO Sí.

CRISTERNA ¿Sin oírlo?

CASIMIRO Pues ¿qué hace en adelantarlo
quien sabe que ha de cumplirlo?

CRISTERNA ¿Que en la demanda desta
facción, que de vos confío,
perderéis la vida antes
que el efecto?

CASIMIRO Así lo afirmo.

CRISTERNA Pues con los soldados que
yo os entregaré escogidos,
iréis a la raya, en cuyos
marañados laberintos
emboscado esperaréis,
hasta que en ella os dé aviso
tremolada blanca seña;
y habiéndoos careado y visto
con quien la haga, tomaréis,
cautamente prevenido,
seña, contraseña y nombre
con que, en el trémulo abrigo
de la noche, llegaréis,
bien informado del sitio,
a la tienda de Auristela,
donde, osado y atrevido,
la prendáis o matéis. Éste
el orden es, advertido
que queda a mi cuenta el premio,
y va a la vuestra el peligro.

Vase.

CASIMIRO Oíd, esperad, ved... Fortuna,
¿quién en el mundo se ha visto
en tan nuevo, tan extraño,
tan raro, tan exquisito
empeño de amor y honor,
sangre y patria? Mas ¿qué admiro?

Mas ¿qué dudo? Mas ¿qué extraño?
¿Qué discurso? ¿Qué imagino,
si sangre, patria y honor,
en este confuso abismo,
donde amor todo es portentos,
mi vida toda prodigios,
no pesan, no montan tanto
como haber Cristerna dicho
que está a su cuenta el premiarlo,
y va a mi cuenta el cumplirlo?

[Vase.] Cajas y trompetas; soldados, Arnesto y Auristela.

AURISTELA En esta inculta raya,
falda del Merque y del Danubio playa,
cuyo inmenso raudal y cuya cumbre,
del mar las olas y del sol la lumbre
uno iguala, otro mide,
y a Suevia y Rusia en términos divide,
alto haga nuestra gente,
ya que el sol a los campos de occidente
huyendo baja de la noche fría
en el postrer crepúsculo del día;
que apenas el aurora
veréis que las más altas cimas dora,
cuando mi orgullo ciego,
talando a sangre y fuego,
entre, desde la encina hasta la caña,
el pródigo verdor de la campaña,
sin perdonar el bélico tributo
ni hoja, ni mies, ni vid, ni flor, ni fruto.

ARNESTO Ya la gente alojada
por su maleza está, y tu tienda armada.
Entra, señora, a descansar en ella.

AURISTELA Mi quietud sólo estriba en no tenella
el día que, mentidos mis desvelos,
me di por satisfecha de los celos
de Sigismundo, al ver cuán manifiesta

satisfacción la libertad le cuesta;
 y el día también que trágico mi hermano,
 ya de infelice o ya de cortesano,
 no parece; infelice,
 si el despeño es verdad, que el vulgo dice;
 cortesano, si es que retirado,
 por vivir de Cristerna enamorado,
 verse excusa con ella
 en campal lid, dejándole a mi estrella
 las armas, porque a fin de empresas tales,
 de mujer a mujer lidién iguales.
 Y pues —sea verdad o no lo sea
 su despeño o su amor— es bien que vea
 Cristerna, si blasona
 de que ella Palas es, que soy Belona;
 no ha de saber que se rindió mi pecho
 al ocio blando del mullido lecho.
 Poned ahí unas luces y un asiento,
 que éste le basta a mi cansado aliento,
 cuando porfiado el sueño
 se quiera hacer de mis sentidos dueño.
 Salíos todos afuera.

Sacan luces, siéntase, y vanse todos.

¡Oh vaga oscuridad, corre ligera,
 que la hora no ve la saña mía
 de que me vuelvas a traer el día!

Canta dentro un soldado.

SOLDADO Prisionero Sigismundo
 en Suevia está; mas ¿quién
 pudo blasonar de amante
 que prisionero no esté?

AURISTELA ¡Hola!

ARNESTO *sale* ¿Señora?

AURISTELA Quién canta
 mirad.

ARNESTO El soldado ha sido
de posta, que, persuadido
a que sus males espanta,
si el adagio no mintió,
con ese alivio pequeño
espanta cansancio y sueño.
¿Diréle que calle?

AURISTELA No,
que lo que extrañé es que cante
tan a propósito agora.

ARNESTO ¿A qué novedad, señora,
no hacen versos al instante
ociosos ingenios? Y es
harto que en la ardiente esfera
de aquesa encendida hoguera,
adonde reparar ves
iras del hielo y la escarcha,
no sean las voces más,
con que divertir verás
las fatigas de la marcha.

Vase.

AURISTELA Id, y no le digáis nada,
que no le quiero quitar
ese alivio a su pesar,
ni aun al mío, si, llevada
del contento de su voz,
clarín su contento fuera
que mi espíritu encendiera,
acordándole veloz
que en Suevia Sigismundo
prisionero está...

MÚSICA Y ELLA ... mas ¿quién
pudo blasonar de amante
que prisionero no esté?

SOLDADO Bien que atendiendo a la causa
a quien debe el padecer,

dulcemente se consuela,
diciendo una y otra vez:...

TODA LA MÚSICA ... prisionero me tienen
por un buen querer;...

SOLDADO ... y responden todos,
envidiosos de él:
si el querer es delito,...

MÚSICOS TODOS ... préndanme también.

AURISTELA Y aun yo con todos, ¡ay triste!,
estoy para responder
a las fantasmas del sueño,
que ya en mí triunfar se ve:...

MÚSICA Y ELLA ... si el querer es delito,
préndanme también.

[Duérmese;] salen Casimiro, con una banda en el rostro, soldados y Roberto.

ROBERTO Aunque, de mí recatado,
descubrirte no has querido
el rostro, el haber venido
de quien vienes enviado
basta para que pretenda
cumplir lo que prometí.
Llega conmigo, que aquí
es de Auristela la tienda.

CASIMIRO El no descubrirme ha sido
temer, si el rostro me viera
quizá alguno, que pudiera
ser por él muy conocido,
porque en campaña me vi
muchas veces cara a cara
con tu gente.

ROBERTO Pues repara,
ya que llegaste hasta aquí,
falseando a las centinelas
de nombre y seña las guardas;
ya, el campo en quietud, ¿qué aguardas?
Durmiendo está, ¿qué recelas?

CASIMIRO (Bien, guerra, ladrón atroz
del siglo, tu horror te muestra,
pues hiciste llave maestra
de todo un reino una voz,
sujeta a una vil cautela.
¿A quién, ¡cielos!, no da espantos
el mirar que duerman tantos,
sólo en fe de que uno vela?)

ROBERTO ¿Qué esperas? Llega conmigo,
pues que durmiendo está allí.

CASIMIRO Retiraos, y solo a mí
me dejad; que si consigo
mi intento, yo os llamaré
a su tiempo.

Vanse los soldados.

ROBERTO Pues ¿qué intento
puedes dudar, cuando, atento
a la ocasión que se ve,
tienes a Auristela bella
en tus manos? ¿Qué orden, pues,
dime, traes?

CASIMIRO El orden es
de matalla o de prendella;
y pues me dan a escoger,
todo lo he de ejecutar,
que prender tengo y matar.

ROBERTO Eso, ¿cómo puede ser?
¿Matar y prender no es
contrario?

CASIMIRO No.

ROBERTO ¿Cómo así?

CASIMIRO Traidor, matándote a ti,
y prendiendo a ella después.

*Dale con una daga, cae dentro; quítase la banda, y se la echa
a Auristela al rostro.*

ROBERTO ¡Muerto soy!
 CASIMIRO (Nadie se espante
 que en tan nunca visto empeño
 mate a un traidor como dueño,
 prenda a un alma como amante.)
 Date, Auristela, a prisión.

AURISTELA ¡Ay de mí!
 CASIMIRO Llegad, y vamos
 donde la escolta dejamos.

Salen los soldados, y llévanla vendada, y sale Arnesto.

AURISTELA ¡Traición!
 TODOS ¡Al monte!
 AURISTELA ¡Traición!
 ARNESTO ¡Ah de la guarda! Entre el ruido
 la voz de Auristela oí,
 ¡acudid! Mas ¡ay de mí!,
 que en un cadáver herido
 tropecé, a tiempo que ella
 de aquí falta. ¡Qué recelos!
 ¡Auristela!
 AURISTELA *lejos* ¡Piedad, cielos!
 ARNESTO Su voz, ¡ay de mí!, es aquélla,
 que, ya en ecos desmayados,
 dentro se oye de la sierra.
 ¡Traición! ¡Traición!

La caja, y vase Arnesto.

TODOS ¡Arma, guerra!
 AURISTELA *lejos* ¡Ay de mí infeliz!

Vuelven a salir con ella, desmayada, y pónenla en el suelo.

CASIMIRO Soldados,
 pues ya, vencida la raya,
 no tenemos que temer
 que la puedan socorrer,

y ella, el aliento desmaya
 tanto que casi sin vida
 ha quedado, aquí podemos
 repararla, pues tenemos
 por nuestra esta entretejida
 estancia del monte en quien
 defendernos, cuando fuera
 posible que la siguiera
 su ejército; y así es bien
 que las dos tropas montadas
 estén, en tanto (¡ay de mí!)
 que vuelve o no vuelve en sí;
 porque, sus luces cobradas
 con las del sol, a quien vemos
 que ya comienza a lucir,
 pueda en un caballo ir.

SOLDADOS En todo te obedecemos.

[Vanse.] Descúbrela el rostro.

CASIMIRO Beldad que postrada estás,
 recibe en descuento hoy
 de la pena que te doy
 la lástima que me das.
 Y si el sueño, que era dueño
 tuyo, fue al desmayo ensayo,
 no represente el desmayo
 más de lo que escribe el sueño;
 despierta, pues, y...

AURISTELA ¡Ay de mí!

CASIMIRO ¡Alma, albricias!

AURISTELA ¿Qué oigo y miro?
 ¿Sueño o velo? ¿Casimiro,
 ¡cielos!, no es éste?

CASIMIRO No y sí.

AURISTELA ¿No y sí? ¿Cómo puede ser
 que seas y que no seas,
 si no es que en sombras me veas,
 obligándome a creer

que es verdad que despeñado
moriste? Y pues dices que eres
y no eres, ¿qué me quieres,
y para qué me has sacado
de mi tienda a esta montaña,
haciendo al sueño testigo
de que era el campo enemigo
el que me prendía?

CASIMIRO La extraña
duda —¡ay, Auristela bella!—
de ser y no ser, no estriba
en que muera o en que viva,
sino en que quiera mi estrella
que viva y muera, no siendo
y siendo yo.

AURISTELA El cómo ignoro.

CASIMIRO Siendo yo, pues que te adoro;
no siendo yo, pues te ofendo;
con que en tu suerte y la mía
causa hay que uno y otro afirme.

AURISTELA Eso es querer persuadirme
a que sueño todavía;
y pues ves la mortal lucha
de hallarme aquí en tu poder,
morir, vivir, ser, no ser,
sepa yo qué es esto.

CASIMIRO Escucha:
un desordenado amor
me lleva, arrastra y destierra...

1 *dentro* ¡Al monte!

2 ¡Al valle!

3 ¡A la sierra!

Sale un soldado.

SOLDADO Acude presto, señor,
que la gente de Auristela
el campo corriendo viene;

y pues ya su acuerdo tiene,
ponla en un caballo, y vuela:
no se pierda lo adquirido
con volver a aventurallo.

Vase.

CASIMIRO Dices bien, llega un caballo.
Ven conmigo.

AURISTELA Si has oído
que es nuestra gente, ¿de quién
huyes?

CASIMIRO De ella.

AURISTELA ¿De ella?

CASIMIRO Sí,
pues que no puedo de mí.
Conmigo, Auristela, ven,
donde veas que gobierna
mi acción superior poder.

AURISTELA ¿A qué he de ir yo huyendo?

CASIMIRO A ser
prisionera de Cristerna.

AURISTELA ¿Qué dices?

CASIMIRO Que en este empeño
mi honor está.

AURISTELA Ahora creí
que fue cierto el frenesí,
ya que no lo fue el despeño.
¿De Cristerna prisionera
yo por ti?

CASIMIRO No digas más,
que presto vengar podrás
ese error.

AURISTELA ¿De qué manera?

CASIMIRO Sólo con decir quién soy;
pues en el instante que
lo sepa ella, moriré
a sus iras, con que hoy,
tras la ofensa que te alcanza,

que va la venganza piensa;
 pues te hago apenas la ofensa,
 cuando te doy la venganza.
 Ven, dirás quién soy, y así
 matarme al punto verás,
 y, vengada, quedarás
 duquesa de Rusia.

SOLDADO *sale* Aquí
 está ya el caballo.

CASIMIRO Ea, ven.

AURISTELA Antes...

CASIMIRO No hagas resistencia,
 o volverá la violencia
 a su primer acción.

AURISTELA Ten
 la mano, que si dormida
 me dejé atrever a mí,
 en mi acuerdo no. De aquí
 vamos, pues.

CASIMIRO ¡Ay de mi vida!

AURISTELA ¿Por qué?

CASIMIRO Porque veo que vas
 más consolada, y es...

AURISTELA ¿Qué?

CASIMIRO ... que a vengarte vas.

AURISTELA No sé
 lo que haré. Allá lo verás.

Vase.

CASIMIRO Y aquí; porque ¿qué esperanza
 habrá en mujer ofendida,
 que está en que calle mi vida
 y en que hable su venganza?

[Vase.] Salen Cristerna y Lesbia.

LESBIA ¿Tan de mañana, señora,
 en el jardín?

CRISTERNA Un cuidado
pocas veces, Lesbia, supo
guardar el sueño al descanso.
A aquel soldado extranjero
envié a una facción, fiando
de él y de ella dos efectos,
bien considerables ambos.
Uno, porque en él estriba
la quietud de mis estados,
si le consigo; y el otro,
porque si por él le alcanzo,
desempeño el homenaje
de dar a nadie la mano.

LESBIA ¿Cómo?

CRISTERNA Como, siendo él
quien logre el triunfo más alto
hoy en mi servicio, quedo
libre; que, siendo un soldado
de fortuna a quien le deba
en el primero fracaso
libertad, vitoria y vida,
y después honor y aplauso,
claro está que con mercedes
a menos costa le pago
que si fuera un igual mío
a quien le debiera tanto.

LESBIA ¿Y no puede ser, señora,
según lo que me has contado,
que quien habla tan atento,
que quien lidia tan bizarro,
sea más de lo que dice?

CRISTERNA Al alma me estás hablando:
que si a su valor atiendo,
que si en su ingenio reparo,
entro en la misma sospecha;
y pues es aquel criado
—que, en fe de hombre de placer,
debe de haberse tomado

licencia de entrar aquí—
suyo, háblale como acaso:
quizá entre los dos podría
ser que averigüemos algo.

Sale Turín.

TURÍN (Aquí le perdí, y aquí
le tengo de hallar.)

LESBIA Hidalgo,
¿cómo con tanta osadía
hasta aquí os entráis?

TURÍN «Andando»
dijera, si ya no fuera
vieja frialdad deste paso.
Un amo busco, que Dios
me dio, si da Dios los amos,
que desde que aquí ayer tarde
le dejé con vos hablando
—y salió de aquí a montar
en cólera y a caballo,
porque de unas compañías
iba al principio por cabo—,
no ha vuelto; y así, señora,
le vengo a buscar. Si acaso
sabéis vos de él, no perdáis
las albricias del hallazgo,
u os le pedirán por hurto.

LESBIA (Bastante desembarazo
tiene el hombre.)

CRISTERNA No tan sólo
sé de él yo para informaros,
mas vos me habéis de informar
de él a mí.

TURÍN ¿Yo? ¿Cómo, o cuándo?

CRISTERNA Fiendo de mi secreto
su patria, nombre y estado.

TURÍN (Si ésta fuera comedia,
¡cuál estuviera ahora el patio,

tamañito de pensar
que había de cantar de plano!
Pues, ¡vive Dios!, que he de ser
excepción de los lacayos.)

CRISTERNA ¿No respondéis?

TURÍN Yo, señora,
ha que sigo algunos años
vuestro ejército, de que
hallaréis testigos hartos.
Viendo, pues, que un mochiller
lo pasa con gran trabajo,
me apliqué a servir a este
Don Soldado de soldado,
de quien no sé más que vos,
y aun pienso que no sé tanto.
Sólo lo que añadir puedo,
si la malicia adelanto
(no se pierda todo, ya
que se pierde el hablar claro),
es que debe de ser más
que dice; y esto lo saco,
no tanto de ricas joyas
que tal vez le he visto, cuanto
porque es la que más estima
de una madama el retrato,
con quien a solas suspira
y llora; y esto del llanto,
con su «¡ay de mí!», no es, señora,
filigrana de hombre bajo.

Sale Sigismundo.

CRISTERNA ¡Joyas y retrato! Pero
Sigismundo viene. Al paso
le di que estoy yo aquí.

LESBIA, *turbada* Si él
te ve, él se irá.

CRISTERNA Haz lo que mando.

LESBIA (Desde que está aquí, he tenido
de que no me vea cuidado,
mas ya no es posible. ¡Cielos!
¿Qué hará al verme?) Entre estos cuadros
Cristerna está. Vuestra alteza
no pase de aquí.

SIGISMUNDO Admirado
al verte, fiero enemiga,
primer causa de mis daños,
ausencia, prisión y muerte,
no sé cómo...

LESBIA Habla más bajo;
que en sabiendo que he venido,
a pesar de tus agravios,
a darte la libertad
(de esta manera le engaño,
por obligarle a que no
descubra mi error pasado),
me estarás agradecido,
porque sé dónde está el paso
de una mina de esta torre,
como quien desde sus años
primeros se crió aquí... Pero
esto es para más espacio:
vuélvete ahora.

SIGISMUNDO (¿Qué fuera
que dispusieran los hados
mi antídoto en mi veneno?)
Yo volveré a hablarte cuando
estés más sola.

Vase.

LESBIA (Y yo, ¡cielos!,
ya que esto sucedió acaso,
pues con méritos no puedo,
le he de obligar con engaños.)

CRISTERNA Y en fin, ¿es tan bella?

TURÍN Un día
que él estaba embelesado,
llegué quededito, y vi
el más pernicioso trasto
que vio amor en su armería
entre las flechas y rayos
de su munición.

CRISTERNA Pues bien,
¿qué se me da a mí? ¡Qué enfado
tan necio y impertinente!

TURÍN Ni a mí.

El clarín.

CRISTERNA Id a ver si ha llegado
vuestro amo, que ese clarín
y esas tropas de a caballo
quizá son suyas.

Sale Casimiro [con Auristela].

CASIMIRO No vayas.
Yo responderé besando
antes la tierra que pisas,
después, señora, tu mano,
si estas albricias merece
quien llegó, vio y venció, dando
feliz fin a la interpresa,
pues prisionera te traigo
a Auristela.

TURÍN (Hasta aquí loco
estaba; ya está borracho.
¿A su hermana prisionera?)

LESBIA (Sólo esto me había faltado.
¡Auristela aquí, fortuna!)

CRISTERNA Levantad, maese de campo;
y aunque debo agradeceros
dicha en que intereso tanto,

por lo menos de una queja
que tengo de vos, libraros
no podréis.

TURÍN (¡Qué fuera, cielos,
que diera lumbré el retrato!)

CASIMIRO ¿Queja de mí?

CRISTERNA Sí, de vos.

CASIMIRO ¿Qué es?

CRISTERNA Que no hiciédes alto,
y enviádes aviso
antes de entrar en palacio,
para que saliera yo
con mis festivos aplausos
a recibir, como debo,
tal huésped. Mas los brazos
suplan la falta.

CASIMIRO El deseo...

CRISTERNA No tratéis de disculparos.
Vos seáis muy bien venida...

CASIMIRO (Llega, Auristela, y el llanto
deja, pues ves que mi muerte
o mi vida está en tus labios.)

CRISTERNA ... donde, aunque seáis prisionera,
seáis tan dueño de mi estado
como de mi vida dueño.
(¿Cómo desta suerte hablo
a sangre de mi enemigo?
Mas una cosa es mi agravio,
y otra mi urbanidad.)

AURISTELA (¡Cielos,
que sea esto fuerza!) La mano,
como a prisionera, sólo
me dad.

Abrázala.

CRISTERNA ¿Qué hacéis? Levantaos,
y pensad que en mí tenéis

(El pecho me está temblando
de cólera...) no prisión,
sino albergue. (... en el contacto
que comunica a mi pecho
la vil sangre de su hermano.)

AURISTELA De todos cuantos favores
recibir de vos aguardo,
sólo uno lograr espero.

CRISTERNA ¿Qué es?

AURISTELA Que, la queja dejando,
pues yo doy por recibida
la pompa de reales faustos,
sepáis que es quien prisionera
me trae a mí...

CASIMIRO (¡Estoy temblando!)

AURISTELA ... merecedor de más honras
que hacerle maese de campo,
porque es...

TURÍN (Ahora caer se deja
a plomo.)

CRISTERNA ¿Quién?

AURISTELA ... quien me ha dado
más crédito con vencerme,
a costa de riesgo tanto,
que si fuera él el vencido;
porque ¿quién tan temerario
osara entrar en mi tienda?
¿Quién sacarme de ella en brazos?
¿Quién, a vista de mi gente
sin acelerar el paso,
retirarse tan en sí
que, a reparar mi desmayo,
hiciese alto en la espesura?
Y así, en empeño me hallo
—porque vean que es su premio
el crédito de mi llanto—
de que le honréis por mí misma
aún más que por vos.

CRISTERNA Bien claro
argumento es del valor
saber honrar al contrario:
general en vuestro nombre
de la caballería le hago.

CASIMIRO Tu mano beso, y la tuya,
por tanto honor.

AURISTELA (¡Ah, tirano!
¿Creíste que había yo de ser
tan vil como tú?)

CRISTERNA A mi cuarto
venid, donde reparéis,
señora, susto y cansancio.

AURISTELA Con la merced que habéis hecho
a tan valiente soldado,
he descansado de todas
mis fortunas.

CRISTERNA (¡Qué afectados
extremos!)

Vanse Cristerna y Auristela.

TURÍN (¡Entren a ver
callar una dama, a cuarto!)
Señor, ¿qué aventura es ésta,
que la toco, y no la alcanzo?

CASIMIRO Ni yo, porque no sé cómo,
Turín, pueda haberse hallado
ni una mujer tan prudente,
ni un hombre tan desdichado,
que ella se alce con el nombre
de constante, y él de vario.

Vanse.

LESBIA (¿Quién creyera que Auristela
viniera, por tan extraños
lances, donde Sigismundo
y yo?)

Sale Sigismundo.

SIGISMUNDO Oculito y retirado,
sin saber qué novedad
tocó ese clarín, he estado
sólo atento, Lesbía hermosa...
(¿Qué he de hacer? Alma, finjamos,
por ver si lo que por ella
pierdo, por ella lo gano,
y huyendo de aquí pudiese,
en la falta de su hermano,
ir a asistir a Auristela,
a quien ausente idolatro.)
... sólo atento, otra vez digo,
a hablarte; y pues has quedado
sola, dime, ¿cómo puede
hallar mi libertad paso?

LESBIA (¿Qué he de hacer, ya hecho el empeño,
sino seguirle, callando
el que está Auristela aquí?;
que no es bien que el mal que paso
le dé ese gusto, si es gusto,
ni pena, si es pena.)

Sale Auristela.

AURISTELA (En tanto
que Cristerna, a quien vinieron
a llamar para un despacho,
vuelve, a mis solas entre estos
mal entretejidos ramos,
donde dijo que la espere,
veré si puedo algún rato
suspitar conmigo. Flores,
deste verde cielo astros,
decidme... Mas ¿Sigismundo
no es aquel que está allí hablando
con una dama? ¿Esto más,
fortuna?)

LESBIA Digo que, andando
un día por esa torre,
siendo de ella castellano
mi padre, allá en mis niñeces,
vi entre las ruinas del cuarto
último de ella una quiebra,
y supe...

AURISTELA (Iréme acercando,
por ver si entender pudiese,
oyendo a cautela, algo.
¿Si es plática de amor?)

SIGISMUNDO ¿Qué
te suspende?

LESBIA Hacia allí pasos
sentí, y las ramas se mueven.
Veré quién es. (¡Triste hado!
¡Auristela es!)

AURISTELA (¡Hado injusto!
¿No es Lesbica?)

LESBIA (¡Muda he quedado!
Y así, huyendo de ella, sólo
habré de hablarla callando.)

Vase.

SIGISMUNDO Oye, aguarda, Lesbica. ¡No
el gusto con que escuchando
te estoy dilates! ¿De quién
huyes?

Al ir tras ella, sale Auristela.

AURISTELA De mí.

SIGISMUNDO ¡Cielos santos!
¿Es ilusión del deseo?

AURISTELA ¿Cuándo fue ilusión el daño?

SIGISMUNDO La duda una viva estatua
me deja de bronce y mármol.

AURISTELA De fuego y nieve a mí, no
la duda, sino el agravio.

SIGISMUNDO ¿Tú, Auristela, aquí? Pues ¿cómo
o cuándo veniste?

AURISTELA Ingrato,
como vengo a ver mi ofensa,
no hay que averiguarme el cuándo.
En fin, con Lesbia te encuentro,
diciendo, donde escucharlo
pude —¡ah, cruel!—, que prosiga
el gusto con que —¡ah, tirano!—
la estabas oyendo. ¡Bien
me pagas, sí, lo que paso
por ti, pues por ti he venido
a dar prisionera en manos
de mi enemiga!

SIGISMUNDO Bien dicen
que fuera el dolor amago,
si supiera venir solo.
¿Tú, prisionera?

AURISTELA No caso
hagas de mi menor pena,
cuando con Lesbia te hallo.

SIGISMUNDO Así enmendara yo esotra,
como ésa enmendar aguardo:
a Lesbia hallé aquí, y... Mas, ¡cielos!,
Cristerna viene.

AURISTELA No hablando
te vea conmigo.

SIGISMUNDO Bien dices.
Yo buscaré más espacio
ocasión en que conozcas
que te adoro y no te agravio.

Vase.

AURISTELA Mucho harás en persuadir
a un corazón desdichado

que, cuando su mal no viera,
creyera a su sobresalto.

Salen Casimiro y Turín.

CASIMIRO Viéndote sola, no pierda
—pues tuerce Cristerna el paso,
viniendo hacia aquí, a otra parte—
la ocasión en que, postrado
a tus pies, una y mil veces
ponga en su estampa mis labios.

TURÍN Y yo haga, de sus tres puntos,
para mi rostro tres clavos,
con que andan frente y mejillas
como tres con un zapato.

AURISTELA No tienes que agradecerme
tú lo que yo por mí hago.

Vuelve Sigismundo.

SIGISMUNDO (Hacia otra parte volvió
Cristerna, quizá buscando
a Auristela; y yo, por ver
si logro otro breve espacio,
vuelvo otra vez. Mas con ella
hablando está aquel soldado,
que en fin, como aborrecido,
en cualquier parte le hallo.
Esperaré a que se vaya.)

Escóndese a una parte, y sale por la otra Cristerna.

CRISTERNA (Hacia aquí dicen que ha rato
que me espera divertida
Auristela. Mas hablando
está el soldado con ella.)

SIGISMUNDO (¿Qué será secreto tanto?)

CRISTERNA (¿Qué su plática será?)

- SIGISMUNDO (Oigamos, alma.)
CRISTERNA (Alma, oigamos.)
CASIMIRO Aunque obres tú por ti misma,
siendo yo el interesado,
¿no seré el agradecido?
AURISTELA No, vil; no, traidor; no, falso;
porque aun agradecimiento
no quiero de tan villano
término como conmigo
tiene tu alevoso trato;
pues, por servir a Cristerna,
a mí me ofendes, faltando
a tantas obligaciones.
CRISTERNA (¿Qué es lo que oigo?)
SIGISMUNDO (¡Cielos santos!
¿Esto no es pedirle celos?)
AURISTELA Y si en esta parte callo
quién eres, es por vengarme
con estilo más hidalgo
del que un ingrato merece;
que no hay castigo a un ingrato
como hacerle un beneficio,
cuando él espera un agravio.
SIGISMUNDO (¿Que calla quién es? Aquí
secreto hay que yo no alcanzo.)
CRISTERNA (¿Que calla quién es? Sin duda
que es verdad lo que el criado
dijo, y yo temí. ¿Qué fuera
ser de Auristela el retrato,
y qué fuera que a sentirlo
llegara el imaginarlo?)
CASIMIRO Por más que te enoje ver
cuánto yo a esa deuda falto,
aun el día que te ofendo,
has de ver lo que te amo.
CRISTERNA (¿Qué más claro ha de decirlo?)
SIGISMUNDO (¿Cómo he de oírlo más claro?)
AURISTELA ¿En qué?

CASIMIRO En mi agradecimiento,
pues, señora de mi estado,
alma y vida...

AURISTELA Calla, calla;
y si has de mostrarle en algo,
sea...

CASIMIRO ¿En qué?

AURISTELA ... en que con mi queja
me dejes. Vete, tirano,
de mi vista, o yo me iré
de la tuya.

CASIMIRO Si te agrado
en eso, adiós.

AURISTELA Adiós.

Al entrarse cada uno por su puerta, topa Auristela con Sigismundo y Casimiro con Cristerna.

SIGISMUNDO Ten
la planta.

CRISTERNA Suspende el paso.

AURISTELA ¿Quién aquí me estaba oyendo?

CASIMIRO ¿Quién me estaba aquí escuchando?

SIGISMUNDO Quien ya sabe tus traiciones,
pues sabe que ese soldado
es sujeto que merece,
hallándole disfrazado,
que celos le pidas.

CRISTERNA Quien
(disimule mi recato)
ha oído que un cargo os hace
quien antes os dio otro cargo.

AURISTELA Para que yo no hable en Lesbia
buena ocasión te has hallado.

CASIMIRO (¡Allí noble, aquí quejosa!
Satisfacer quiso a entrambos.)

SIGISMUNDO ¿Qué ocasión, si...? Mas Cristerna...

CRISTERNA (¡Sigismundo!)

- SIGISMUNDO (Calle el labio.)
CRISTERNA (Sufrá el alma.)
CASIMIRO (¡Qué temor!)
AURISTELA (¡Qué ansia!)
CRISTERNA (¡Qué pena!)
SIGISMUNDO (¡Qué agravio!)
TURÍN (¡Buenas cuatro caras para
una máscara de a cuatro!)
CRISTERNA Por lo menos, Sigismundo,
no diréis que bien no os trato
en la prisión, pues a ella
tan buena visita os traigo.
SIGISMUNDO Sí, señora; mas no sé
si con afectos contrarios
perdonaré el propio gusto
a costa del propio daño.
(Corazón, disimulemos.)
CRISTERNA (Ignorado mal, suframos.)
CASIMIRO (No desconfiemos, penas.)
AURISTELA (Esperemos, desengaños.)
TURÍN (Viendo hablar a cada uno
entre sí, yo también hablo
entre mí.

Caja.

- Pero ¿qué es esto?)
CRISTERNA ¿Quién sin orden toca a bando
a esas puertas?

Sale Federico, y con él un paje, armado con una rodela, y en ella un cartel, y él otro en la mano.

- FEDERICO Quien, habiendo
en presencia tuya hablado
en la lástima o cautela
de Casimiro, ha pensado
modo con que de una vez
de aquesta duda salgamos.

TURÍN (¡Miren con lo que ahora estotro se viene para enmendarlo!)

FEDERICO Y es, que en fe de la venganza, en ese cartel le llamo a público desafío.

Si es verdad que despeñado murió, ¿qué hay perdido? Y si es verdad que está retirado, es fuerza, siendo quien es, que salga en sabiendo el bando; pues no ha de querer, si vive, quedar inhabilitado de parecer nunca, viendo que yo, para averiguarlo, le mato en el honor, mientras en la vida no le mato.

Y porque en tu corte tú seguro has de hacerle el campo, sitio que yo, para que juzgues el duelo, señalo, vengo a tomar tu licencia para fijarle. Veamos de una vez si es de infelice u de cobarde el recato de no parecer, y si yo sustento lo que hablo. A cuyo efecto, porque señalado sitio y plazo —que las armas de él le tocan—, no pueda nunca ignorarlo, te suplico que en tu corte y en su corte publicarlo mandes, para cuya instancia, como árbitro soberano que has de ser del desafío, pongo el cartel en tus manos, dejando su original a las puertas de palacio.

Tocan y vanse, dejándola un papel.

CASIMIRO (¡Cielos! ¿Qué oigo?)

TURÍN (Viendo estoy,
en el color de mi amo,
que burlado se ha de hallar
éste, si envida de falso.)

Vase.

AURISTELA Yo me huelgo, pues, si vive,
verá qué ha de hacer mi hermano.
(Y llegará a Sigismundo,
sin darle yo, el desengaño.)

Vase.

SIGISMUNDO Yo lo estimo, pues pondrá,
si vive, su honor en salvo.
(Y yo lo que debo hacer
de mis celos veré en tanto.)

Vase.

CRISTERNA Ya veis que, siendo el que reta
Federico, y el retado
Casimiro, yo no puedo
impedirlo ni excusarlo;
pues no se niega en buen duelo
al noble que pide el campo.

CASIMIRO Sí, señora.

CRISTERNA Pues de vos
fío este cartel: fijadlo.
(Aquesto es disimular
qué hice en lo que oí reparo.)
Rusia le ha de ver también
a puertas de su palacio,...

CASIMIRO (Nada entendió, pues que vuelve
a fiarme empeño tanto.)

CRISTERNA ... a cuyo efecto, porque
os asista aquel vasallo
de la interpresa, os daré
para él carta.

CASIMIRO Es excusado,
que no me está bien llevarla,
pues sólo para esto basto.
Yo me prefiero a ponerle,
y veréis que presto traigo
respuesta, firme o no firme
Casimiro.

CRISTERNA Yo la aguardo,
con esperanzas de que
este último desengaño
nos dirá si vive o muere
traidor que aborrezco tanto.

CASIMIRO Desdichado es, mas dichoso
quien en servir empleado
mereció que pongáis siempre
los empeños a su cargo.

CRISTERNA Pagar un riesgo con otro
es el premio del soldado.

CASIMIRO Pues id previniendo riesgos,
que aún quedan que pagar hartos.

CRISTERNA ¿Cómo?

CASIMIRO No puedo decirlo;
mas baste.

CRISTERNA Ni yo escucharlo.
Id con Dios.

CASIMIRO Quedad con Dios.

CRISTERNA (Vil recelo,...

CASIMIRO (Amor tirano,...

CRISTERNA ... considera que eres mío,...

CASIMIRO ... advierte que ya has llegado
a ver la cara al honor,...

CRISTERNA ... y que yo más que yo valgo;...

CASIMIRO ... y que él ha de ser primero;...

CRISTERNA ... y así, en tanto...

CASIMIRO ... y así, en tanto...

CRISTERNA ... que se explica este dolor,...

CASIMIRO ... que se declara este pasmo,...

CRISTERNA ... esta ansia,...

CASIMIRO ... esta duda,...

CRISTERNA ... este

miedo,...

CASIMIRO ... este asombro,...

CRISTERNA ... este encanto,...

CASIMIRO ... ¡aprisa, aprisa, desdichas!)

CRISTERNA ... ¡a espacio, penas, a espacio!)

JORNADA TERCERA

Salen Cristerna, Lesbia, Nise y Flora.

CRISTERNA Dejadme todas; ninguna
quede conmigo.

LESBIA No así
de una tristeza te dejes
postrar, señora, y rendir.

CRISTERNA ¿Qué he de hacer, ¡ay de mí!,
si no hay más remedio al sentir que el sentir?

FLORA Cuando tienes en tu mano
hacer tu reino feliz,
prisioneros a tus dos
enemigos, ¿deslucir
quieres con penas las dichas?

NISE Y más llegando a advertir
que de Casimiro no hay
nueva que pueda impedir
el capitular con ellos
cuanto quieras.

CRISTERNA Bien decís,
si pudiera yo escuchar
todo eso que puedo oír.
Dejadme, digo otra vez,
sola, que no hay para mí
compañía que no sea
soledad. Todas os id.

FLORA (¡Extraña melancolía!)

NISE (Mejor dirás frenesí.)

LESBIA (¿Sabéis qué he pensado?)

FLORA (¿Qué?)

LESBIA (Que podemos borrar...

NISE (Di.)

LESBIA ... la ley de que amor no sea
disculpa de nadie.)

Vanse las tres.

CRISTERNA Aquí,

donde ya a mis solas puedo
desahogar y descubrir
el pecho con suspirar,
el corazón con sentir,
preguntarme a mí pretendo,
¿qué es lo que pasa por mí?
Que aunque yo misma a mí misma
no me lo sabré decir,
¿qué he de hacer, ¡ay de mí!,
si no hay más remedio al sentir que el sentir?
¿Quién eres, oh tú, ignorado
mal, que con traidor ardid
en los imperios de una alma
has sabido introducir
la más sediciosa plebe
de una batalla civil?
¿Quién eres?, digo, no sólo
otra vez, sino otras mil.
Que es mucho ignorar qué huésped
—mejor pudiera decir
qué áspid— es el que en el pecho,
o generosa admití,
o inadvertida abrigué,
que no acierto a distinguir
sus señas, porque tal vez
noble, quiere persuadir
que es agradecido afecto
de mi vida; tal, que es vil
castigo de mi altivez,

equivocando entre sí
con los embozos de noble
los desembozos de ruin;
en cuya duda no sé
ni desechar ni elegir.
¿Qué importó que un extranjero
en los trances de una lid
me diese la vida? ¿Qué,
que originase de allí,
envuelto en propio y ajeno
raudal de húmedo carmín,
la prisión de Sigismundo
ni la vitoria? Y, en fin,
¿qué importó que prisionera,
con el orden que le di,
a Auristela me trujese?
¿Ya no se lo agradecí
con puestos y con honores?
Pues ¿qué tiene que añadir
la imaginación, si es
o no es lo que presumí,
para andarse vacilando
en haber llegado a oír
que Auristela quién es calla,
y que, por servirme a mí,
falta a sus obligaciones?
Y cuando todo sea así,
que él sea más y que ella sea
el alma de aquel matiz,
¿no es más para agradecido
que para culpado? Sí.
Pues bien, ¿qué me aflige? Pero
si aún no me dejo afligir,
¿qué he de hacer, ¡ay de mí!,
pues no hay más remedio al sentir que el sentir?
Mas ¿qué digo? ¿Dónde está
de mi espíritu gentil
la altivez? ¿Dónde el denuedo

de mi ánimo varonil?
 ¿Ni dónde, cuando pretenda
 de todo ese azul viril
 —a instancia quizá de Venus,
 deidad que no conocí—
 familiar astro de amor
 agobiarme la cerviz,
 astro que tomar merezca
 mi influjo a su cargo?

Sale Casimiro con un papel.

CASIMIRO Aquí...

CRISTERNA ¿Siempre han de ser vuestras voces
 oráculo para mí?

CASIMIRO ¿En qué, señora, os ofende
 quien os sirve, que aún no oís
 que aquí la respuesta está
 de aquel orden con que fui?

CRISTERNA ¿Quién os ha dicho que yo
 me ofendo? Que, antes, decir
 que sois mi oráculo, es
 mostrar que siempre venís
 a dar respuestas, que son
 sus oficios.

CASIMIRO Siendo así,
 y que a oráculos les toca
 responder y no argüir:
 llegué a Rusia, entré en su corte,
 y disfrazado advertí
 el general desconsuelo
 de ver perdidos...

CRISTERNA Decid.

CASIMIRO ... a Auristela y Casimiro.
 (Y es verdad, que Arnesto así
 lo dijo, a quien me fié,
 y a quien mandé prevenir
 cómo he de entrar en Suevia.)

CRISTERNA Y, en fin, ¿qué os suspende?

CASIMIRO En fin,

divino el sol, trascendiendo
los términos del cenit,
a los del nadir pasando,
en cuyo opuesto confín,
al ir sepultando luces
en panteones de zafir,
a palacio llegué, donde
pude grabar y esculpir
en sus láminas de acero,
haciendo el puñal buril,
el cartel. Amaneció
fijado, en cuyo sentir
varios juicios hizo el pueblo,
sin que ninguno de allí
le quitase; pero apenas
pudo a otro día salir
la aurora, dorando hermosas
nubes de rosa y jazmín,
cuando, en festivo concurso
de alborozado motín,
a las puertas del palacio
veo el vulgo concurrir,
diciendo unos y otros...

Dentro voces.

UNOS ¡Suya
es la letra!

OTROS ¡No es!

CRISTERNA Oíd,
que el mío también parece
que en igual tumulto ahí
viene concurriendo a tropas;
a ver qué sucede, id.

Sale Federico.

FEDERICO Como más interesado
yo te lo vengo a decir,
en que haya qué merecer,
ya que no qué conseguir.
Sobre el fijado cartel
que a aquesos umbrales di,
ha amanecido otro, en que
Casimiro oigo admitir
el duelo, siendo las armas
que nombra para reñir,
desabrochados los pechos,
espadas y dagas sin
guarnición, porque no haya
reparar que no sea herir;
en cuya novedad ves
unos y otros discurrir
en si es su letra o no.

CASIMIRO Esto
es, señora, proseguir
lo que iba diciendo yo;
y lo que puedo añadir
es, que el cartel que fijado
allá amaneció, rompí
a otra noche, para que,
pudiendo traerle aquí,
constase de él cuán cabal
con todo el orden cumplí
que me disteis.

CRISTERNA ¿Cuándo vos
menos airoso venís?
¡Pluguiera al cielo que algo
errárades!

CASIMIRO Advertid
que es daros por no servida,
querer que yerre el servir.

CRISTERNA Es que hace infeliz al dueño
el que sirve tan feliz,
que atrase los galardones.

CASIMIRO Eso, ¿es honrar o reñir?

CRISTERNA No sé. Pero ¿quién podrá
con más certeza decir
si es ésta su firma?

Sale Auristela.

AURISTELA Yo,
que en el instante que oí
que responde, a saber vengo
si es verdad.

CRISTERNA ¿Y es ella?

AURISTELA Sí,
tan suya es, señora, que
jurara que desde aquí
le estaba mirando yo
cuando él la llegó a escribir.
Y así, en albricias a quien
con este pliego venir
pudo, esta pequeña joya,
que acaso reservó en mí
el adorno, con licencia
tuya, he de darle. Admitid
el don de una prisionera,
en premio de que venís
con nuevas que Casimiro
vivo está para acudir
a su honor.

CRISTERNA Yo nada os doy
por agora, si advertís
que no sé si es vivir él
gozo o pena para mí;
pena, porque viva; o gozo,
que viva para morir.
Y así, ahora suspendo el premio.

FEDERICO A ninguno más que a mí
toca, pues soy yo a quien trae
esta ocasión de lucir;
pero el que yo os he de dar
se ha de cifrar en pedir.

CASIMIRO ¿Qué me mandáis?

FEDERICO Que me honréis
de mi padrino en la lid.

CASIMIRO Fuera el más supremo honor
que pudiera conseguir
mi humildad; mas perdonadme,
os suplico, no admitir
tan grande favor.

CRISTERNA ¿Por qué?

CASIMIRO Porque el haber vuelto aquí
ha sido sólo por dar
entera cuenta de mí,
haciendo falta en mi patria,
donde me es forzoso ir
a toda prisa.

CRISTERNA ¿Qué os mueve?

CASIMIRO Un papel que recibí,
en que me llaman, señora,
empeños a que acudir,
quizá de mi honor también;
y no puedo, siendo así,
dar de padrino palabra.
Mas, si pudiere venir,
la doy de hallarme en el duelo.

CRISTERNA (Aquí es forzoso fingir.)

Y, en fin, ¿os vais?

CASIMIRO Sí, señora.

CRISTERNA Y ¿cuándo os pensáis partir?

CASIMIRO Al instante.

CRISTERNA El cielo os lleve
con bien. (Y lleve, ¡ay de mí!,
todas mis penas con vos.)

Vase.

CASIMIRO Él os haga tan feliz
que no os sirva con errar
quien no os sirve con servir.

FEDERICO Ya que Casimiro es fuerza
que al duelo haya de asistir,
prevendré lo que me toca,
que es, por donde ha de venir,
tenerle hecho el hospedaje,
y salirle a recibir
y festejarle, hasta que
el día publique el fin
de mi vida o de mi muerte.

Vase.

AURISTELA ¡Cómo te sabré decir
cuánto agradecida, al ver
que trates de descubrir
el rostro al empeño, estoy!
CASIMIRO Pues ¿pudiste presumir
nunca que a trances de honor
habían de preferir
los de amor? Tú verás cómo
vuelvo, Auristela, a cumplir
mi obligación; y verás
qué hace esta fiera de mí,
al ver que yo la obligué,
siendo yo quien la ofendí.

Sale Turín.

TURÍN Ya cuanto a Arnesto mandaste
en la entrada prevenir,
viene marchando, señor.

CASIMIRO Pues vamos presto, Turín.
Adiós, Auristela.

AURISTELA ¡Quién
con los brazos influir
pudiera su corazón
en tu pecho, porque así,
lidiando con dos, tuvieras

ése más para la lid,
aventurando primero
el mío que el tuyo!

Abrázanse, y sale Sigismundo.

SIGISMUNDO (¿Qué vi,
cielos? ¡Los brazos le ha dado!
¿Cómo es posible sufrir
igual dolor, sin que todo
se pierda, pues la perdí?)
Disfrazado aventurero,
a quien hizo tan feliz
o su amor o su fortuna,
cuanto desdichado a mí,
saca la espada; que aunque
pudiera matarte aquí
sin esta salva, no quiero
que esta fiera presumir
pueda que el ser vil su ofensa
hizo mi venganza vil.

TURÍN (¿Quién en el mundo a un hermano
celos le llegó a pedir?)

AURISTELA ¡Tente, Sigismundo, no
contra él la espada (¡ay de mí!)
saques!

SIGISMUNDO Que tú le defiendas
me obliga más.

CASIMIRO Pues de mí
tenéis experiencias que
no lo haré por no reñir,
creed que hay causa que me mueva
cuerdamente a reprimir,
siendo quizá el ofendido,
vuestra cólera; y así,
hasta ocasión en que os pueda
satisfacer, remitid
este empeño.

SIGISMUNDO ¿Qué ocasión,
y más cuando llego a oír
que el ofendido sois vos,
que es lo mismo que decir
que sois el favorecido?
Sacad la espada y reñid,
o no la saquéis, que yo
con avisaros cumplí.

CASIMIRO Para defenderme sólo
la sacaré.

AURISTELA (Ya es aquí
necio el silencio.) Deténte,
Sigismundo, porque es mi...

Sale Cristerna.

CRISTERNA ¿Qué es esto?

AURISTELA (Ya no es posible
«porque es mi hermano» decir.)

TURÍN (Como iba a cantar en solfa,
quedóse la sol en mí.)

CASIMIRO (Dicha fue.)

SIGISMUNDO (¡Qué ansia!)

AURISTELA (¡Qué pena!)

CRISTERNA ¿Qué es esto?, digo.

SIGISMUNDO Esto es ir
uno a morir y matar,
y aun no lograr el morir.

Vase.

CRISTERNA Decid vos: ¿qué ha sido?

CASIMIRO Menos
lo sé yo, si no es...

CRISTERNA Decid.

CASIMIRO ... ser el tropiezo de todos
la vida de un infeliz;
y pues que, para no serlo,

no hay más remedio que huir
el rostro a todo, quedad
con Dios.

CRISTERNA Ved, mirad, oíd...

CASIMIRO Perdonad, que voy a errar
cuanto intente desde aquí,
y ha de ser mi primer yerro
ni ver, ni mirar, ni oír.

Vase.

CRISTERNA Decid vos.

TURÍN No digo ni hago,
que soy un mirón tan vil
de los garitos de amor,
que sin hacer ni decir,
dependo de suerte de otros,
donde a merced de un cuatrín
traigo mi vida en un tras,
y mi caudal en un tris.

Vase.

CRISTERNA En fin, Auristela, ¿nadie
me dice qué es esto?

AURISTELA Sí.

Sigismundo, que conmigo
hablaba, oyendo que fui
dese ignorado extranjero
presa, siendo él adalid
de aquella interpresa, tanto
le aborreció que, al oír
que se ausentaba, no pudo
consigo mismo sufrir,
sin que su ofensa y mi ofensa
vengase, verle partir;
y así, ciego...

CRISTERNA Bien está,
y aunque debiera sentir

verle exceder las licencias
de prisionero, hay en mí
valor para tolerar
mayores quejas.

AURISTELA (¡Oh, si
la vuelta de Casimiro
pusiese a todo esto fin!)

Vase.

CRISTERNA ¿Qué será —¡valedme, cielos!—
lo que me quieren decir
este lance y esta ausencia?
Pero ¿a quién mejor que a mí
están, pues acabaré
de una vez de discurrir?
¿Qué he de hacer —¡ay de mí!— cuando
no hay más medio...?

Dentro el clarín.

¿Qué clarín
es éste?

Sale Lesbia.

LESBIA Si quieres ver,
señora, el mejor jardín
que en los campos del aurora
bosquejar supo el abril,
por más que vario mezclase
en uno y otro matiz
los claveles ciento a ciento,
los jazmines mil a mil,
ponte en ese mirador:
verás la esfera pulir
de la plaza de palacio
el más hermoso pensil

de plumas y de colores
que vio el sol desde el turquí
campo azul, adonde, fénix
de la Arabia de zafir,
o muere para nacer,
o nace para morir.
La recámara es, señora,
de Casimiro, en quien vi
cifrar sus púrpuras Tiro
y sus madejas Ofir;
porque en numerosa tropa
bruto no hay a quien cubrir
no verás de mil bordados
paramentos, que en sutil
dibujo orlan los blasones
de sus armas, siendo así
que la plata que derraman,
ya el jirón y ya el perfil,
las planchas y los barrotes
la tomaron para sí;
en cuya correspondencia,
nácar y plata vestir
verás la familia, siendo...

CRISTERNA No tienes que proseguir
los lucimientos con que
vendrá, pues son para mí
lutos de aquellas exequias.

Sale Flora.

FLORA Si te quieres divertir,
no dejes de ver, señora,
en bosquejado país,
la segunda primavera
a la primera seguir.
La caballería es
la que, ocupando el confín
del terrero, deja al sol

deslucido de lucir;
pues tanta es la pedrería
del menos rico terliz,
que le vuelve los reflejos
cobardes de competir
por lo blanco los diamantes,
por lo rojo los rubís.
El demás bagaje...

CRISTERNA Calla,
que parece que venís
unidas a encarecer
lo que tengo de sentir.

Sale Nise.

NISE Un anciano caballero,
que de una carroza agora
se apea, pide, señora,
licencia de hablarte.

CRISTERNA (Hoy muero,
de varios temores llena.)
Dile que entre. (¿No bastaba
ver que una pena acababa,
sin que empezase otra pena?)

[Vase Nise y] sale Arnesto.

ARNESTO Déme vuestra majestad,
señora, a besar su mano,
pues me dio el cielo, no en vano,
esta dicha.

CRISTERNA Levantad,
y decid lo que queréis.

ARNESTO El gran duque Casimiro,
que tuvieron en retiro
causas que al verle sabréis,
de Federico retado,
con su obligación cumpliendo,

ya al duelo viene; y habiendo
a vuestra corte llegado,
no por la seguridad
sino por la cortesía
—pues bien claro está que el día
que hizo vuestra majestad,
como árbitro soberano,
seguro el campo, no queda
recelo que temer pueda—,
por mí vuestra blanca mano
humilde besa; y, en muestra
del gran respeto que os guarda,
para presentarse aguarda
segunda licencia vuestra.
Ley es en todo buen duelo
que el que a responder se ofrezca,
ante el árbitro parezca,
donde, salvando el recelo
de que otro salga por él,
de ser él mismo presente
testimonio, y juntamente
jure al tenor del cartel,
que sólo viene movido
del empeño de su honor,
sin traer en su favor
a nadie, ni conmovido
tener el pueblo, ni haber
de caracteres usado,
pacto o nómina, ayudado
del ilícito poder
de vaga superstición;
y que en las armas que tray
ninguna ventaja hay,
pues de iguales temples son,
peso y marca; a cuyo intento
licencia de parecer
pide ante vos, para hacer
el usado juramento.

CRISTERNA Si pensara lo que había
de sentir el que viniera
donde le hablara y le viera,
nunca la cólera mía
hubiera dado lugar
a que le viera y hablara;
mas ya que en esto repara
tan sin tiempo mi pesar,
que la licencia le ofrezco,
le decid. (Mal me reprimo,
pues cuando huye lo que estimo,
se acerca lo que aborrezco.)

Vase. Salen por una parte Federico y por otra Sigismundo.

FEDERICO ¿Sois vos el que venir miro
de Casimiro enviado?

SIGISMUNDO ¿Sois vos el que habéis llegado
de parte de Casimiro?

ARNESTO Sí, yo soy. ¿Qué me mandáis?

SIGISMUNDO Hablad vos, señor, primero,
que yo retirado espero.

FEDERICO No hay para qué. Y pues me dais
licencia de que hable yo,
que le digáis, os suplico,
que el príncipe Federico
a recibirle salió.

Y puesto que no ha tenido,
noblemente cortesano,
dicha de besar su mano,
que sea muy bien venido,
y que sepa que en mi casa
tiene hecho el aposento,
adonde servirle intento,
mientras del término pasa
el plazo que tomar quiera;
pues toca a su bizarría
dentro de él nombrar el día.

ARNESTO Si Casimiro supiera
que habíades de salir,
no hubiera determinado,
atento al justo cuidado
de hacer la salva y pedir
licencia a Cristerna, entrar
de secreto; y siendo así
que disculpado hasta aquí
quede, en cuanto al aceptar
vuestro hospedaje, yo creo
que le dé por recibido,
porque el orden que he traído
más conforme a su deseo
es, señor, aposentalle
al pie de aquesa montaña,
en sus tiendas de campaña.
Y así, habréis de perdonalle,
que en ella os veréis los dos.

FEDERICO A mí me toca hospedar,
a él despedir o aceptar.
Quedad con Dios.

Vase.

ARNESTO Id con Dios.

¿Qué es lo que vos me mandáis?

SIGISMUNDO Que de mi parte también
le llevéis el parabién
de su venida, y digáis
que, por estar prisionero,
no voy a ser su segundo.

ARNESTO ¿Quién diré sois?

SIGISMUNDO Sigismundo.

ARNESTO Una y mil veces espero
besar vuestros pies.

SIGISMUNDO Alzad;
y como posible sea,
cuanto antes pueda me vea

le decid; que hay novedad
que importa tratar los dos,
sin que otro delante esté.

ARNESTO De esa suerte lo diré.
Quedad con Dios.

Vase.

SIGISMUNDO Id con Dios.

Ya que tan infeliz fui
que Cristerna embarazó
mi venganza, y se ausentó
el que tan dichoso vi,
a Casimiro diré
le haga seguir y matar,
pues yo no puedo, hasta dar
venganza a mi honor, sin que
le diga de mis agravios
más que la prisión. ¿Quién, ¡cielos!,
les dio poder a los celos
para cerrarme los labios?
¡Bueno es que tenga una fiera
licencia para agraviar,
y que haya de honestar
yo su traición, de manera
que la ruindad que me obliga
a que otro la satisfaga,
no lo es porque ella la haga,
sino porque yo la diga!
¿Qué ley, qué fuero, qué fe
tales privilegios da
a la mujer?

Sale Lesbia.

LESBIA (Aquí está
Sigismundo.)

SIGISMUNDO Pues ¿por qué,
Lesbia, el paso tuerces? (¡Cielos!

¡A qué buen tiempo viniera
hoy su aviso, si pudiera
con él seguirle!)

LESBIA Recelos

de que Auristela me vea
contigo, me hacen volver.

SIGISMUNDO Oye, que importa saber
hoy más que nunca, cuál sea
el paso que le ha ofrecido
a mi libertad tu amor.

Sale Auristela.

AURISTELA (Que estaba el embajador
aquí de mi hermano he oído,
y a hablarle y saber quién fue
vengo. Pero Lesbia está
con Sigismundo.)

SIGISMUNDO Y no ya
pena Auristela te dé;
que no importa que conmigo
te vea, que ya su amor
no es amor, y en tu favor
mi vida está.

AURISTELA (¿Yo testigo,
aunque sea parte y juez?)

LESBIA (Pues hubo otra vez de estar
tan a mano mi pesar,
huya su vista otra vez.)

Vase.

AURISTELA Oye...

SIGISMUNDO Seguirle es en vano.

AURISTELA ¿Por qué, falso, aleve, infiel?

SIGISMUNDO Mudable, fiera, cruel,
porque no hay a qué.

AURISTELA ¡Ah, tirano!

¿Podrásme negar agora
que ya mi amor no es amor,
y tu vida en el favor
de esa injusta fe traidora
está?

SIGISMUNDO Que lo dije, no
podré negar; mas pudiera
dar satisfacción que fuera
bastante para que yo
de haberlo dicho quedara
más fino contigo; pero
aun eso tampoco quiero,
que es hidalguía muy cara
la que a un hombre ha de costar,
quejoso de una mujer,
el quitar en su placer
los caudales del pesar.

AURISTELA Quien de satisfacer deja
por vengar su queja, oirás
al cuerdo, que no hace más
que echar a perder su queja.

SIGISMUNDO Aun bien que tu tiranía,
porque más cruel se arguya,
no echará a perder la suya
por satisfacer la mía.

AURISTELA ¿Por qué?

SIGISMUNDO Porque no podrá.

AURISTELA ¡Pluguiera al cielo no fuera
tan clara que, aunque no quiera,
la has de ver!

SIGISMUNDO Tarde será.

AURISTELA No mucho.

SIGISMUNDO ¿Cómo?

AURISTELA No sé;
que no tengo de abreviar
tu pesar a mi pesar.

SIGISMUNDO Todo eso es enigma, que
anda disfrazando errores.
 AURISTELA Esotro, ir tomando plazos.
 SIGISMUNDO Yo te vi en ajenos brazos.
 AURISTELA Yo te oí decir favores.
 SIGISMUNDO Quizá tuvo otra intención.
 AURISTELA Quizá tuvo otro sentido.
 SIGISMUNDO Yo oí tu agravio y mi olvido.
 AURISTELA Yo oí mi olvido y tu traición.
 SIGISMUNDO ¡No es malo imitarme el modo!
 AURISTELA Ni tus agravios son malos.

Sale Turín.

TURÍN A costa de cuatro palos,
¡por Dios, que lo he de ver todo!

Las chirimías y cajas.

LOS DOS ¿Qué es eso?
 TURÍN Que Casimiro
entrando viene en palacio,
y, en el siempre ameno espacio
de su florido retiro,
Cristerna, bien que a pesar
de lo que lo ha de sentir,
le ha salido a recibir.
Y yo, deseándome hallar
en todo, sin que me dé
miedo una y otra alabarda,
mequetrefe de la guarda,
por un lado me escapé,
como el que, sin ser señor,
entrada tiene, no tanto
por mejor título cuanto
porque arrempuja mejor.
Ya llega.

Chirimías.

AURISTELA ¡Nunca llegara!
 SIGISMUNDO ¿Temes que oiga tu traición?
 AURISTELA Temo la satisfacción
 que no mereces.
 TURÍN (¿Qué cara
 pondrá Cristerna, al mirar
 que el soldado es Casimiro?)
 SIGISMUNDO Aquí a ver y a oír me retiro.
 AURISTELA (Yo a ver, oír y callar.)

*Las chirimías, cajas y clarines, y por una parte Cristerna, damas
 y Federico; por otra Casimiro, Arnesto y acompañamiento.*

CRISTERNA (En fin, fortuna, has rodeado...
 CASIMIRO (En fin, fortuna, has sabido...
 CRISTERNA ... hacer que el que he aborrecido...
 CASIMIRO ... hacer que la que he adorado...
 CRISTERNA ... haya a mi vista llegado.)
 CASIMIRO ... haya de saber quién soy.)
 CRISTERNA (¡Muerta llego!)
 CASIMIRO (¡Ciego voy!)
 CRISTERNA (¡Qué temores!)
 CASIMIRO (¡Qué recelos!)
 Humilde a vuestros pies...
 CRISTERNA (¡Cielos!
 ¿Qué es lo que mirando estoy?)
 CASIMIRO ... despojo, antes que trofeo,
 yace el duque Casimiro.
 CRISTERNA (Otra y mil veces me admiro.)
 FEDERICO (¿No es el soldado el que veo?)
 SIGISMUNDO (Mis venturas dudo y creo.)
 AURISTELA (¿Quietóte ya el que te dio
 celos?)
 SIGISMUNDO (Sí.)
 AURISTELA (Pues a mí no.)
 LESBIA (Éste, ¿no es el extranjero
 que servía aventurero?)
 TURÍN (¡Y si no, dígalo yo!)

CASIMIRO A todos admira ver
que hoy el que era ayer no soy,
como si estas plantas hoy
no fueran señas de ayer.
Y para satisfacer
que en mí no hay mudanza alguna
de mi fortuna importuna,
¿dije ser soldado? Pues,
¿en qué mentí? ¿Qué rey no es
un soldado de fortuna?
Ella fue la que de mí
triunfó el día que triunfé,
no digo porque os amé,
pero digo porque os vi.
Si dichoso os ofendí,
desdichado lo he llorado;
porque ¿qué más desdichado
que el que, a un delirio rendido,
dio fuerza al haber creído
que se hubiese despeñado?
Deste error —si es que fue error
ocultarme donde fuera
el valor el que me diera
lo que impidiera el valor—
causa fue vuestro rencor,
que viendo cuánto ofrecía
al que la persona mía
viva o muerta os entregara,
no quise que otro lograra
la dicha que yo perdía.
Y así, al ver que la ley era
excepción, falté, no tanto
porque a muchos temí, cuanto
porque uno no os mereciera;
y para que no pudiera
dar nadie temor en mí,
vos sabéis cómo os serví,
sin que yo os acuerde que

aquí Sigismundo esté,
ni que esté Auristela aquí.
Pues para que sea verdad
el que os pudo dar mi fe
vida y libertad, quedé
sin vida y sin libertad;
en cuya felicidad
toda mi vida viviera,
si a mi honor tal voz no diera
de Federico el valor,
que me obliga a que mi honor
le responda, aunque no quiera.
Y pues fe a vos, a él y a Dios
de ser yo ha de dar mi vida,
séanlo una y otra herida
que he recibido por vos;
y si al duelo de los dos
he de jurar no traer
ventaja, déjese ver
en que no la traerá, creo,
quien viene con más deseo
de morir que de vencer.

CRISTERNA De Casimiro ofendida
y de un soldado obligada,
tanto contra el uno airada
cuanto al otro agradecida,
también estuvo mi vida
ayer; mas hoy, viendo, ¡ay Dios!,
que el uno y otro sois vos,
no hallo mérito en ninguno,
pues no obliga como uno
quien ofende como dos.
Y dejando el ceño duro
con que Casimiro os miro,
pues ya, como Casimiro,
en fe estáis de mí seguro,
como soldado procuro
culparos, sin que bajeza

parezca de mi grandeza;
pues declarada en mi daño
fineza que hizo un engaño,
ni es engaño ni es fineza.
Demás, que si alguna hicisteis,
mi valor desempeñasteis,
con los puestos que ocupasteis,
los honores que adquiristeis;
luego, si ya conseguisteis
su premio, y con él se aleja
la obligación, libre deja
el campo a mi indignación,
pues pagué la obligación
para que cobre la queja.
¿Qué cosa es que vos, conmigo
doble, oséis hacer que viva
tan ciega, que el bien reciba
de mano de mi enemigo,
y que a un frenesí testigo
de vuestro despeño hagáis,
siendo, cuando publicáis
el fin con que me servís,
allá donde le fingís
y aquí donde os despeñáis?
Y pues es fuerza, al miraros
a vos, de vos distingueros,
Casimiro he de admitiros,
soldado he de castigaros.
¡Hola!

Salen soldados, con armas.

SOLDADO I ¿Qué quieres?

CRISTERNA Mandaros

que al que mi seguro he dado
guardéis, no al que me ha engañado.
Y pues en uno a dos miro,
respetando a Casimiro,

prended a questo soldado.
(Destá manera he de ver
si el duelo estorbar pudiese;
que aunque aborrezco su vida,
no sé si sienta su muerte.)

SOLDADO Daos a prisión.

FEDERICO Deteneos,
y nadie a él llegar intente,
sin que primero me mate.

CRISTERNA ¿Tú contra mí le defiendes?

FEDERICO Sí, señora, porque el día
que vino de mis carteles
llamado, me toca a mí
—o péseme o no me pese
saber quién es y a quién ama—
que se le guarden las leyes
del seguro que firmé.

CRISTERNA Yo no prendo, si lo adviertes,
a Casimiro, sino
a un traidor soldado aleve
que me ofende y que me engaña.

FEDERICO Mi mismo argumento es éste:
que no definiendo tampoco
yo al soldado que te ofende,
sino a Casimiro, que es
quien de mí llamado viene.

SIGISMUNDO Y yo a tu lado, en tan noble
demanda, es justo que arriesgue
honor y vida.

TURÍN (A mí y todo
toca a su lado ponerme;
pero ¿qué criado hace
lo que le toca?)

AURISTELA (Pendiente
de igual trance estoy.)

CRISTERNA Pues ¿cómo
el fuero a romper te atreves
de la prisión?

- SIGISMUNDO Como tú
la consecuencia me ofreces;
pues tampoco el fuero guardas
del seguro que prometes.
- CRISTERNA No ha mucho que yo te vi
solicitando su muerte.
- SIGISMUNDO Quizá la queja de entonces
en esta duda se vuelve.
- CRISTERNA (Ya sé por qué, y no hago mucho,
que lo mismo me acontece
en ciertas sospechas que
se ganan cuando se pierden.)
Pero ¿qué esperáis? Haced
lo que os mando.
- LOS DOS Nadie llegue.
- CASIMIRO Bien pusiera ambos empeños
yo en paz con dejar prenderme,
porque de una vez en mí
uno y otro enojo vengues;
mas no me atrevo, señora,
porque temo que alguien piense
que es por excusar el duelo,
y así es forzoso ponerme
en defensa.
- ARNESTO Allí el caballo,
señor, que trujiste tienes;
ponte en él, pues en faltando
tú, no hay riesgo que no cese.

Vase.

- CASIMIRO Dices bien; y no es huir
aquesto cobardemente,
que quien por lidiar no lidia,
sólo extraña el que se cuente,
si hay quien huyó de cobarde,
que hay quien huya de valiente.

Vase.

FEDERICO No he de perderle de vista
hasta que en salvo le deje.

Vase.

SIGISMUNDO Ni yo a ti, ya que a tu lado
me vi una vez.

Vase.

TURÍN Sean ustedes
testigos que hay amo que huya,
y lacayo que se quede.

Vase.

CRISTERNA Seguidle, a pesar de entrambos,
hasta matarle o prenderle.

SOLDADO Tu orden obedezcamos.

CRISTERNA No os quiero tan obedientes.

Esperad, no le sigáis
—¡ay de mí, infeliz!—, que ése
es a quien mi honor la vida,
libertad y fama debe.
Pero ¿qué digo? Seguidle,
que es también contra quien tiene
hecho mi honor homenaje.

AURISTELA No del agravio te acuerdes,
pues puedes del beneficio.

CRISTERNA Nada me digas, pues eres
tú causa de todo.

AURISTELA ¿Yo?

CRISTERNA Sí, pues abatidamente
cobarde, tímida, humilde,
no osaste decir quién fuese
quien prisionera te trujo.

AURISTELA Si, cuando tu indulto tiene,
no está seguro, ¿qué fuera
cuando no le tenía?

- CRISTERNA Ése
entonces fuera otro lance
menos público.
- AURISTELA No echés
a perder el ejemplar
de que callen las mujeres,
que si yo tengo la culpa,
podrá ser que yo la enmiende.
- CRISTERNA ¿Cómo?
- AURISTELA El efecto lo diga,
pues su familia y su gente
es fuerza estar a mi orden.

Vase.

- CRISTERNA Tenedla, no infiel, no aleve
tanto séquito amotiné.
Mas dejadla, que se pierde
tiempo de seguirle a él,
y no es justo que se ausente
a mi pesar... Mas sí es justo;
dejad que se vaya y lleve
consigo mis confusiones.
- TODOS ¿Qué nos mandas finalmente?
- CRISTERNA Que a mí me deis un caballo.
(Pues hallándome presente
yo al empeño de seguirle
y al duelo de defenderle,
probaré entre dos afectos
tan poderosos, tan fuertes
como odio y amor, cuál es
el vencido o el que vence.)

Vase ella y los soldados.

- LESBIA Sigámosla todas, no
hoy la dejemos.

Vanse. Salen Sigismundo, Federico y Casimiro.

FEDERICO En este
retirado sitio, donde
no es fácil que nos encuentren,
esperemos algún rato
que los caballos alienten.

SIGISMUNDO Bien lo han menester, según
en su ligereza exceden
al mismo viento.

CASIMIRO Yo estimo
la tregua, porque aproveche
su plazo en daros las gracias
de igual fineza.

SIGISMUNDO No tienes
qué agradecerme a mí, pues
el día que sé quién eres,
y que tus yerros doró
amor, es fuerza que cesen
todas mis quejas.

FEDERICO Ni a mí,
que nadie a mí me agradece
lo que me debo a mí mismo.
Y porque veas que tiene
haber dicho que paremos
segunda intención, atiende:
yo, Casimiro, he pensado
que no es justo que se cuente
ni que yo desafié,
ni que tú saliste, y piense
algún cobarde —que nunca
piensa mal el que es valiente—
que, agradecidos quizá
a tantos inconvenientes,
yo me quedo sin reñir,
y tú sin reñir te vuelves;
y así, pues que Sigismundo
es quien es, y nadie debe
más que él mirar por tu honor
y mi honor, que esté presente

poco importa, pues podrá
mirarnos reñir.

SIGISMUNDO Si hubiese
un segundo con quien yo
sacar la espada pudiese,
nunca sin reñir mirara
reñir; mas puesto que haberle
no es posible, seré de ambos
padrino, que a partir llegue
el sol, y las armas mida.

CASIMIRO Aunque mi valor suspende
seros deudor de fineza
tan hidalga, me parece
que no falto al ser quien soy
riñendo con vos, pues pende
una acción de otra: y así,
mi espada y mi pecho es éste.

FEDERICO Y éste mi pecho y mi espada.

SIGISMUNDO Pues ya, porque no me lleve,
como al que mira jugar,
el afecto de la suerte,
la espalda os vuelvo: reñid.

CASIMIRO (¡Qué animoso!)

FEDERICO (¡Qué valiente!)

¡Válgame el cielo!

SIGISMUNDO ¿Qué ha sido?

FEDERICO Tropecé y caí.

SIGISMUNDO Detente,
dégale que se levante.

CASIMIRO ¿Tú lo que he de hacer me adviertes?
Contigo riñera agora
mejor que con él, mil veces.
Levantad, y reparad
del acaso.

FEDERICO Nada debe
ya vuestro valor al mío.

CASIMIRO No esto agradecido os muestre:
que lo que me debo a mí,

nadie a mí me lo agradece.
 Y pues sé que no desluce
 al valor el accidente,
 volved a reñir.

FEDERICO Sí haré,
 sólo para defenderme.

AURISTELA *dentro* ¡Cercad el bosque, que allí
 están caballos y gente!

CASIMIRO Sitiados somos.

FEDERICO ¿Qué haremos?

SIGISMUNDO Dejar el duelo pendiente,
 puestos los tres de una banda.

Sale Auristela.

AURISTELA ¿Contra quién es todo ese
 último esfuerzo, si soy
 quien en vuestro alcance viene
 a dar un medio con que,
 antes que Cristerna llegue
 con tanta gente que no
 es posible defenderse,
 cese el empeño?

CASIMIRO ¿Qué trazas?

FEDERICO ¿Qué dispones?

SIGISMUNDO ¿Qué pretendes?

AURISTELA Que Casimiro conmigo
 se venga, que yo sé en este
 monte, como quien en él
 tuvo alojada su gente,
 seguro paso a la raya;
 y como él solo se ausente,
 contra quien es la ojeriza
 de Cristerna, es evidente
 que, diciéndola los dos
 que ya está en salvo, se temple.

LOS 2 Dice bien.

AURISTELA Vente conmigo.

CASIMIRO A mi pesar te obedece
mi amor; que, cumplido el duelo
—pues ser o no ser solemne
no hace al valor—, mejor fuera
morir, si el medio que tiene
el que no se vengue nunca,
es perderla para siempre.

Vanse los dos, y salen Cristerna, gente, y damas, y Turín.

CRISTERNA ¡Allí están! Llegad, soldados,
y nadie, si se defiende,
quede con vida.

TURÍN (La fiesta
será hoy de los Inocentes.)

FEDERICO Tente, señora; que si es
Casimiro de quien quieres
vengarte, ya no es posible,
pues ya, penetrando el Merque,
habrá llegado a su raya.
Si soy yo, a tus pies me tienes,
cumplida la obligación,
primero de defenderle,
después de reñir con él,
porque escrúpulo no quede
en su honor y el mío.

SIGISMUNDO Y si yo
soy en quien vengarte emprendes,
aquí estoy; que no se va
quien a la prisión se vuelve.

CRISTERNA Si hubiera de mis razones
la cólera que me enciende
satisfacer hoy, no hay
hartas vidas en dos muertes.
Y así, para no quedar
mal vengada, es mejor quede
bien quejosa.

Salen Auristela y Casimiro.

- CASIMIRO Que has perdido
la senda, Auristela, advierte;
pues en vez de que de él huyas,
hacia el peligro te vuelves.
- AURISTELA No he perdido. ¿Qué, pensaste,
ingrato, tirano, aleve,
que no habías de pagarme
la libertad que me debes?
- CASIMIRO Pues ¿dónde me traes?
- AURISTELA A ser...
- CASIMIRO Prosigue: ¿qué te suspende?
- AURISTELA ... prisionero de Cristerna.
- CASIMIRO ¿De qué suerte?
- AURISTELA Desta suerte.
Bello prodigio del norte,
alto honor de las mujeres,
que hicieron sabias y altivas
tus vitorias y tus leyes:
corrida de que baldones
mi silencio, porque llegues
a ver si de tu venganza
mi valor la suya aprende,
a Casimiro mi hermano
prisionero es bien te entregue,
donde no es posible ya
de tus armas defenderle
nadie; y porque veas si sé
vengarme antes que te vengues,
mírale puesto a tus plantas.
- CASIMIRO Y en ellas es bien que piense
si tengo de qué quejarme
o tengo qué agradecerte,
pues me das la vida, cuando
piensas que me das la muerte.
- SIGISMUNDO (¿Quién creyera que Auristela
tan grande traición hiciese?)
- FEDERICO (Vengativa una mujer,
no habrá crueldad que no intente.)

- TURÍN (Si esto tenía guardado
la que calló más prudente,
¿qué hay que fiar de las que hablan?)
- CRISTERNA (¡Ay de mí infeliz! Que al verle,
segunda vez del amor
y el odio la duda vuelve.
El empeño que he traído
a castigarle me mueve;
mi obligación, a ampararle.
¡Quién un medio hallar pudiese
a todo! Mas esto el tiempo
lo ha de hacer.) Marche la gente
a la corte.
- AURISTELA Antes que marche,
permíteme que te acuerde
que a quien le dé, muerto o vivo,
tu mano ofrecida tienes.
- CRISTERNA ¿Cómo puedo yo negar
mi homenaje?
- AURISTELA Luego viene
a ser mía, pues yo soy
quien te le entrega.
- CRISTERNA ¿Quién puede
dudarlo? Y más cuando está
tan bien a mis altiveces
que, cumplida mi palabra,
en mi libertad me quede.
- AURISTELA Pues si ya tu mano es mía,
¿qué hay para que darla esperes?
- CRISTERNA Yo la doy.
- AURISTELA Y yo la acepto.
- TURÍN (Mas ¿qué fuera que se viese
acabar una comedia
casándose dos mujeres?)
- AURISTELA Y supuesto que ya es mía,
sin que nadie el serlo niegue,
llega, Casimiro: toma
esta mano.

CRISTERNA ¿A eso te atreves?

AURISTELA Sí, que en tanto es mía una joya,
en cuanto, si bien lo adviertes,
tengo el uso de ella, y puedo
dársela a quien yo quisiere.
Llega, ¿qué esperas?

CASIMIRO No sé
si me atreva.

AURISTELA Pues, ¿qué temes?

CASIMIRO Cobarde llevo a tocarla.

CRISTERNA No hay por qué cobarde llegues,
pues no es de quien te la da,
sino de quien te la adquiere;
y pues que mis vanidades
se dan a partido, puedes,
Lesbia, borrar de aquel libro
las exenciones. Estése
el mundo como se estaba,
y sepan que las mujeres
vasallas del hombre nacen;
pues en sus afectos, siempre
que el odio y amor compitan,
es el amor el que vence.

TURÍN Ahora digo, y digo bien,
que son diablos las mujeres.

CASIMIRO Pues porque con más aplauso
aquesta acción se celebre,
Auristela y Sigismundo
se den las manos.

SIGISMUNDO Bien puedes,
segura de que tus celos
fueron engaño aparente,
en orden que Lesbia había
de librarme.

AURISTELA No, no tienes
que disculparte; que una
cosa es que dama me queje,
y otra, esposa, desconfíe.

FEDERICO Pues soy quien todo lo pierde,
la dicha siquiera gane
de merecer ofrecerme
por padrino de ambas bodas.

TODOS Diciendo todos que siempre
que el odio y amor compitan,
es el amor el que vence.

FIN

